



!Eh!
COWBOY,
¿de qué vas?
Chloe Santana

Eh, Cowboy, ¿de qué vas?

Chloe Santana

© Por el texto, Chloe Santana

© Por el diseño de portada, Imagina Designs

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Índice

[Tres meses antes](#)

[Mi road movie](#)

[Un día cualquiera](#)

[¿Y si es...?](#)

[¡Está loca!](#)

[Estamos en apuros](#)

[Esta rubia es de otro planeta](#)

[¿Qué haces?](#)

[Decidido: es una pirada](#)

[Este sheriff no tiene vergüenza](#)

[Una película de vaqueros](#)

[El médico y la enfermera](#)

[¿En qué estabas pensando?](#)

[No tan deprisa, cowboy](#)

[Te diré dos cosas](#)

[¿Te quieres quedar?](#)

[Cena de San Valentín](#)

[Baile de San Valentín](#)

[Noche de San Valentín](#)

[15 de febrero](#)

[Está mejor sin mí](#)

[Me va bien sola](#)

[Lo que te pasa es que tienes miedo](#)

[Una visita inesperada](#)

[Sobre mí](#)

[Bibliografía](#)

Tres meses antes

Summer

Intenté controlar el temblor de mi mano cuando cogí el bolígrafo. Respiré profundamente y me dispuse a firmar, pero entonces me convertí en la misma pusilánime de siempre y me quedé mirando el papel con el ceño fruncido.

—Tal vez debería...

Alguien me arrancó el puñado de folios de la mano y lo plantó sobre la mesa con un golpe que me hizo dar un saltito sobre la silla. Mamá sacudió la cabeza con desaprobación, la bisabuela Catherine se revolvió incómoda sobre su silla de ruedas y mi abuela, que me había arrebatado el papel, me observó como si fuera un caso perdido. Cosa que, definitivamente, ya sabíamos todos.

—¡Firma los papeles del divorcio de una puñetera vez! —exclamó irritada.

—Mamá, no le hables así —le pidió mi madre con tono calmado—. Y haz el favor de no excitarte, no es bueno para tus nervios.

—Esta jovencita y su ingenuidad es lo que ataca a mis pobres nervios. Si no fuera tan boba...

—Gracias, abuela —respondí con ironía—. Lamento mucho ser una decepción para todos.

—Vamos, vamos... —mamá le restó importancia y me acercó de nuevo los documentos—. No hagamos un drama de esto. Ya sabemos que lo estás pasando mal, pero te sentirás mejor en cuanto los firmes. Así podrás pasar página y empezar de nuevo.

Tenía bastantes dudas al respecto, pero no dije nada porque en el fondo la culpa era mía. No era la primera vez que me llevaba un desengaño. De hecho, a mis veintinueve años me había convertido en toda una experta en la materia. Si se trataba de elegir a individuos de dudosa reputación, con un pasado sospechoso, vagos, infieles o todo a la vez, Summer Philips era la persona indicada.

Summer Philips era yo, obviamente. La misma Summer Philips a la que se dirigía esa petición de divorcio. Que Edward hubiera tomado la iniciativa después de lo que me hizo dejaba las cosas bastante claras: era una idiota conformista. Idiota por no haber desconfiado de él cuando aparecieron los primeros indicios, y conformista porque estaba dispuesta a perdonarlo a pesar de que me hubiera sido infiel con una de mis mejores amigas. Ahora examiga, evidentemente.

Menos mal que tenía a esos tres huesos duros de roer para tirarme de la oreja cuando estaba a punto de cometer otro error. Tres mujeres de carácter, triunfadoras y con una vida sentimental estable a las que no me parecía en absoluto.

Mamá llevaba más de veinte años casada con su segundo amor, tenía dos carreras y era directora ejecutiva de una compañía de productos tecnológicos. Casi nada, ¿a qué sí?

Mi abuela era de las pocas mujeres de su época que fue a la universidad y ejerció de jueza hasta hace pocos años. Se casó con mi abuelo y hace un mes y medio celebraron sus bodas de oro.

Mi bisabuela era la joya de la corona. Acababa de cumplir ciento diez años, abandonó a su primer marido para irse con el amor de su vida —todo un escándalo en su época—, y se hizo famosa e

independiente cosiendo para las grandes estrellas de Hollywood. Su nombre aparece en la Wikipedia e incluso el mismísimo Karl Lagerfeld le envió un ramo de flores en su último cumpleaños.

Si crees que provenir de una estirpe de mujeres triunfadoras me ha contagiado algo, he de decirte que, efectivamente, te equivocas.

Del amor mejor ni hablamos, porque tocar el tema sería hablar de Edward, mi ya infiel exmarido. O de Alexey, un ruso encantador que me pidió dinero para luego largarse a su país sin darme una explicación. De John y su: *no es por ti, es por mí*. Jason, mi novio de la universidad, que descubrió después de graduarse que le gustaban los hombres. *Y todo gracias a ti*, tuvo la amabilidad de agradecermelo.

Y del trabajo... en fin, acababa de quedarme sin empleo después de que la empresa para la que trabajaba quebrase. Estudié interiorismo y nunca he desarrollado mi profesión, a pesar de la insistencia de estas tres mujeres. Al principio porque no me salían ofertas, y porque cuando al fin encontré algo de lo mío, preferí quedarme al lado de Edward y renunciar a mi sueño que mudarme de ciudad. Lo sé, penoso.

Así que... allí estaba, a punto de firmar los papeles del divorcio para empezar de nuevo. Por quinta vez. O puede que por sexta, porque cuando cometes tantos errores empiezas a perder la cuenta.

Estampé mi firma en todos los lugares señalados con una equis y ni me sentí mejor ni que me había quitado un peso de encima.

—¡Menos mal! —gritó satisfecha mi abuela—. Voy a por el champán. Hay que celebrarlo.

—Está de buen humor porque ya no tendrá que fingir que Edward le cae bien —me chivó mi madre.

Puse los ojos en blanco. La abuela no era de las que fingían por educación. Recordé la vez que llamó *estirado cenutrio* a Edward y sonreí sin poder evitarlo. Tenía un ojo clínico para mis parejas, y de ahora en adelante le echaría cuenta cuando me dijese que un hombre no me convenía.

La abuela y mamá fueron a la cocina para preparar un banquete con el que celebrar mi divorcio. No sabía ni cómo sentirme al respecto. Y ahora, ¿qué? Tenía que buscar trabajo, vender la casa, pagarle la mitad a Edward y encontrar otro sitio donde instalarme...

—¿Te gusta Arizona? —me preguntó de repente la bisabuela.

Dada su edad, podría haber pensado que aquella pregunta sin venir a cuento se debía a sus achaques. Pero la bisabuela estaba en sus cabales y hablaba solo cuando tenía algo importante que decir. Así que me volví hacia ella y la observé con curiosidad.

—Nunca he estado en Arizona, yaya.

—¿Te he hablado alguna vez de La herradura?

—Ah, te refieres a ese viejo rancho de Arizona... —dije, recordando las historias que me contó sobre cómo se lo ganó a un tipo jugando a las cartas. Había sido su casa de vacaciones hasta que la edad le impidió seguir viajando. Ahora estaba abandonado, y tanto mamá como la abuela se negaban a hacerse cargo de él.

—Quizá sea viejo, pero sus paredes son robustas y está ubicado en un lugar precioso. Un buen sitio para empezar de nuevo. Si fuera más joven lo remodelaría para convertirlo en un alojamiento turístico. Y si tuviera estudios sobre interiorismo, seguro que podría hacer de ese viejo rancho un lugar maravilloso al que acudirían cientos de turistas para desconectar.

—¿Me estás lanzando una indirecta? —pregunté, con una media sonrisa.

No sonaba mal. Un lugar alejado, mucho trabajo por delante para tener la mente ocupada y la oportunidad de realizarme como interiorista. Nada me ataba a San Francisco salvo un matrimonio frustrado y un montón de malas decisiones.

—Háblame más de ese viejo rancho, yaya.

La bisabuela sonrió satisfecha y se aclaró la voz.

—Antes de nada, debo hacerte una advertencia: todas las personas que viven en La herradura acaban encontrando el amor. Allí fue donde conocí a Matthew.

Intenté no reírme. El amor y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Jamás encontraría el amor en aquel sitio, así que si eso era lo peor que me podía suceder...

Mi road movie

Summer

Debería haber hecho caso a mi amiga Sarah cuando me advirtió que cruzar Arizona en coche era una completa locura. Llevaba un día viajando en coche y estaba agotada. Lo primero que hice al aterrizar en el aeropuerto de Phoenix fue alquilar un todoterreno para iniciar mi particular road movie.

No voy a mentir, para una chica de ciudad acostumbrada a moverse en taxi, las primeras horas de coche admirando aquel paisaje pétreo, los enormes cactus, el horizonte anaranjado... resultó catártico y fascinante. Incluso hice una parada en El gran Cañón y visité una de las maravillas del mundo guiada por los indios navajos. Un parque nacional con una extensión de más de cuatrocientos cincuenta mil kilómetros con relieves de tinte escarlatas que me dejó deslumbrada.

Pero pasada la sorpresa inicial y después de ocho horas de trayecto, comencé a sentirme hastiada y el paisaje monótono dejó de resultarme tentador. Estaba agotada de conducir durante cientos de kilómetros sin cruzar ni un solo pueblo. La carretera solitaria y los caminos de polvo anaranjado comenzaron a hacerme eternos y empecé a perder la paciencia.

¿Quién me mandaba abandonar mi ciudad natal en busca de una aventura? ¡Yo era una chica corriente! Me gustaba la monotonía, las tardes jugando al monopoly, una taza de chocolate caliente y un buen libro arrebujada en una manta sobre mi sofá o quedar con Sarah para hacerme la manicura. Conducir durante miles de kilómetros para adentrarme en un sitio tan inhóspito era una mala decisión. Pero ¿acaso no era una experta en tomar malas decisiones?

Suspiré con resignación. Ya no había nada que hacer. Al menos, tenía suficientes ahorros de la venta de la casa como para remodelar el viejo rancho y venderlo por un buen precio si Rainbow Valley se me antojaba un lugar demasiado despacible para vivir.

Sintonicé una emisora de música country y tararé la canción para animarme. El sol todavía brillaba en el cielo, pero dentro de unas horas, los veinte grados darían paso a una noche fría porque estaba en mitad del desierto. Teniendo en cuenta la escasez de tráfico, si pisaba el acelerador podía adelantar algo de tiempo. Quizá llegase a Rainbow Valley antes de medianoche.

Aunque el haber puesto distancia de por medio me impedía verle la cara a Edward. Incluso tuvo la desfachatez de echarme en cara que había vendido nuestra casa por un precio irrisorio. Pero necesitaba ese dinero para empezar de nuevo. Me pregunté qué tal le iría con Cinthia y borré aquel pensamiento de mi cabeza.

¿Qué más da? Te dejó por ella y su gran disculpa fue: *lo siento, Summer, pero estas cosas pasan.*

Le faltó añadir que esas cosas les pasaban a las idiotas como yo. En fin, al menos había aprendido una valiosa lección: no necesitaba a ningún hombre para destrozarme más la vida. Para ello ya me bastaba sola. Y, suponiendo que aquella aventura me saliera bien, construiría unos cimientos sólidos bajo los que empezar de nuevo.

—Sola —dije en voz alta.

Quizá tuviera una mascota. Edward odiaba a los animales y nunca me permitió adoptar un perro. Pero empezaría de nuevo en La Herradura, sin ningún neandertal infiel que le pusiera trabas a mis sueños.

—Y lo llamaré Willy.

Por William Shakespeare, autor de mi novela favorita, Romeo & Julieta. Sí, lo sé, soy una romántica. Pero estoy convencida que existe redención hasta para una boba como yo. Un perro, o tal vez un gato. Puede que un adorable cachorrito que sea más leal que todos los hombres que me han roto el corazón.

Observé el destartado cartel que anunciaba que me quedaban poco más de doce kilómetros para llegar a Rainbow Valley. El valle del arcoíris. Bonito nombre para un pueblo en mitad de la nada.

Sonreí para mis adentros y pisé el acelerador. Estaba más animada. Seguro que a partir de ahora nada podía salir mal.

—¡Aaaaaaaaaaaaaah! —grité aterrorizada, cuando un bulto peludo de cuatro patas se cruzó en mitad de mi camino.

Actué por instinto y di un volantazo. El coche giró bruscamente y se salió de la carretera. Intenté mantener el control, pero las ruedas derraparon por el camino arenoso hasta que el vehículo chocó con una enorme roca. Mi cabeza se estampó contra el airbag y lo vi todo negro.

Estaba mareada y confundida cuando me desperté. Me costó horrores quitarme el cinturón y abrir la puerta del coche. Observé con una mezcla de admiración y terror que en el cielo rojizo el sol empezaba a ocultarse por el Ocaso. Genial, estaba atardeciendo y había tenido un accidente en mitad de la nada. Rodeé el coche para comprobar que la situación era tan crítica como imaginaba. Del abollado capó salía humo negro y una de las ruedas estaba pinchada. Me froté el rostro y conté hasta tres en busca de una solución. Miré a mi alrededor para constatar que estaba completamente sola y me invadió el pánico.

—Mierda.

Un día cualquiera

Connor

Aquel estaba siendo un día rutinario y tranquilo en la oficina del Sheriff de Rainbow Valley. Casi todos lo eran. A veces tenía que poner una multa si alguien se pasaba bebiendo o montaba alboroto en una fiesta local, o si a Fred, el borracho del pueblo, le daba por armar un poco de jaleo. Para algunos resultaría aburrido, pero yo amaba la tranquilidad de mi hogar. Me gustaba ir al único colegio del pueblo a arreglar el aire acondicionado cuando se estropeaba. Ayudar a alguna señora mayor con las bolsas de la compra, acercar a un anciano al médico y velar por la seguridad de mis vecinos. Todos nos conocíamos en Rainbow Valley, un lugar apacible para vivir donde casi nunca sucedía nada, el mayor peligro era el del desierto que rodeaba el pueblo y la tasa de criminalidad descendía cada año.

Un buen sitio para vivir. Mi hogar.

La oficina del Sheriff estaba constituida por cuatro personas, algo normal teniendo en cuenta que se trataba de un pueblo pequeño. Yo había sido elegido Sheriff por votación popular cuando mi antecesor se jubiló, y contaba con tres ayudantes. Josh, uno de mis mejores amigos, Dexter y Mary.

Una vida sin demasiados sobresaltos, pocas pretensiones y un tanto solitaria desde que sucedió aquello. No me permitía pensar demasiado en aquello, pero en un día como hoy era imposible no hacerlo. Habían transcurrido más de siete años y seguía detestando el 14 de febrero con todas mis fuerzas.

Me quité el traje de Sheriff y me vestí con mi ropa normal antes de salir de mi despacho. Sabía que el uniforme imponía y no tenía ganas de amargarle la fiesta a nadie un día como hoy. Estaba deseando llegar a casa, darme una ducha y cenar algo ligero antes de irme a la cama. Supongo que para algunas personas era un aburrido sin remedio que acababa de cumplir treinta y ocho años.

—Eh, Connor, ¿te animas a unas cervezas en la cafetería de Wendy? —me preguntó Mary.

—Otro día.

—¡Siempre dices lo mismo! —bromeó Dexter.

—Pero vosotros seguís insistiendo —respondí con una tibia sonrisa—. Pasadlo bien y no bebáis mucho.

Estaba a punto de salir por la puerta cuando Josh me hizo un gesto. Tenía la clásica expresión que venía acompañada de malas noticias.

—Suéltalo —le pedí con impaciencia.

—Son los hermanos Hardin. Al mayor le han dado la condicional y Jessie Curtis me ha chivado que los ha visto instalándose en su vieja cabaña.

Apreté la mandíbula y me llevé la mano al revolver en un acto reflejo para comprobar que se encontraba donde debía estar. Eso sí que eran malas noticias.

—Mierda.

—¿Quieres que vayamos a hacerles una visita amistosa?

Sabía lo que Josh quería decir con una visita amistosa. Era una mala idea. Los hermanos Hardin eran de gatillo fácil y se pondrían a la defensiva en cuanto nos vieran llegar. Los conocía de sobra y sabía cómo tratarlos. Los abordaría en solitario y les dejaría las cosas claras. Además, sabía que Josh tenía planes de asistir esta noche con su mujer a la cena de los enamorados que organizaba el único restaurante del pueblo y no quería arruinarle la velada.

—No, nada de visitas amistosas. Me pilla de camino a casa, así que me pasaré a echar un vistazo.

—No creo que sea buena idea que vayas tú solo...

—Casi tan mala como que el sheriff y otro agente se pasen por su casa el mismo día que Thomas Hardin regresa al pueblo. Sé cómo manejarlos.

Josh puso las manos en alto y lo dejó por imposible.

—De acuerdo, Sheriff, tú mandas.

Me monté en el coche con la impresión de que aquel iba a ser un día más largo de lo que había imaginado en un principio. Rainbow Valley era un sitio tranquilo, entre otras cosas, porque aquel par de almas descarriadas ya no formaban parte del rebaño. Pero ahora que habían vuelto temía que dieran al traste con la paz de este lugar.

Mi trabajo consistía en velar por el orden y la ley, me dije antes de arrancar el coche. Iban a vérselas conmigo si se pasaban de la raya.

Menos mal que vivían a las afueras del pueblo, así todavía no se habría corrido la voz de su llegada. La mayoría de los vecinos estaban disfrutando de una apacible cena del día de los enamorados en el restaurante de Barney. Buena carne, cerveza en abundancia y música country en directo. Hacía tanto tiempo que no iba a una fiesta que ya no sabía cómo divertirme. Bella habría puesto los ojos en blanco para luego decir que no me reconocía. Pero así eran las cosas ahora y tampoco me apetecía cambiarlas.

Sabía que en el pueblo me llamaban el lobo solitario y no me importaba en absoluto. El tipo que vivía en la montaña y al que solo veían para patrullar las calles. Por alguna extraña razón, habían confiado en mí para velar por sus vidas y no iba a defraudarlos.

—¿Qué diablos...?

Aminoré la marcha cuando divisé a lo lejos a la mujer de mediana estatura que daba saltitos en mitad de la carretera. Llevaba una ropa ridícula para este lugar. Minifalda vaquera, camiseta de manga corta y unas sandalias atadas a los tobillos. Estacioné el coche a pocos metros y ella se tapó la cara con una mano cuando los faros del coche la deslumbraron. Apagué el motor y reprimí una sonrisa burlona. Lo que llevaba en la otra mano era un teléfono móvil y adiviné que intentaba encontrar cobertura con sus patéticos

saltitos.

El que debía ser su vehículo se había salido de la carretera y estaba atascado contra una enorme roca. Joder, una chica de ciudad que parecía estar en apuros. ¿Qué hacía alguien como ella aquí?

No podía dejar a esa cabeza hueca en mitad de aquella carretera. Si no se la comía algún bicho, sería un apetecible bocado para los hermanos Hardin. Respiré profundamente y maldije para mis

adentro aquella distracción. Lo último que me apetecía un día como hoy era tener compañía femenina, y menos la de una rubia en minifalda que estaba convencido de que tenía pocas neuronas.

¿Y si es...?

Summer

Llevaba más de una hora allí tirada cuando vi pasar el primer coche. Estaba tan alterada que incluso había empezado a saltar para encontrar cobertura a sabiendas de que era algo ridículo porque estaba en mitad de la nada. Pero respiré aliviada en cuanto el vehículo se detuvo y un hombre enorme abrió la puerta. Retrocedí de manera instintiva y tragué con dificultad. Por Dios bendito, menudo gigante.

—Buenas tardes, señorita. ¿Necesita ayuda?

Su aspecto era intimidante y su mirada hosca, pero su tono grave y solícito. Miré a mi alrededor y comprendí que no me quedaba otra que aceptar su ayuda. O podía meterme dentro del coche, pasar la noche y esperar a otra persona.

—Eh... supongo que sí —respondí avergonzada.

Seguro que estaba pensado que era una completa idiota, pero en mis planes no figuraba tener un accidente antes de llegar a mi destino. Intenté averiguar lo que se escondía bajo su mirada impenetrable. Medía casi dos metros, tenía una espalda enorme, una barba poblada y unos ojos feroces y oscuros. La clase de persona con la que la abuela me habría advertido que jamás me relacionara. Pero ¿tenía otra opción?

El desconocido se acercó a mi coche para echar un vistazo. Lo inspeccionó por encima, chasqueó la lengua y se volvió hacia mí con cara de pocos amigos.

—La grúa podría venir mañana para llevarlo al taller.

—¿No tienen servicio de emergencia?

El hombre me observó como si estuviera bromeando.

—Aquí desde luego que no —respondió con tono antipático—. ¿De dónde es?

—San Francisco.

—Eso lo explica todo.

Enarqué una ceja. ¿A qué se refería? No me atreví a preguntar, pero seguro que no había querido decir nada amable.

—Cargaré su equipaje en mi coche y la llevaré a su destino —dijo sin esperar mi respuesta.

Observé horrorizada que arrastraba mis maletas hacia su coche como si no pesaran nada. Madre de Dios, seguro que podía partirme el cuello como si fuera un cacahuete. Qué pedazo de bestia.

—Señor, ¿podría tener un poco de cuidado con esa maleta? Llevo algunos enseres un tanto frágiles y...

—Si le molesta como trato sus pertenencias puede cargarlas usted —me espetó con ironía.

Me quedé callada de golpe y no me atreví a responder a su impertinencia. Me hubiera gustado llamarlo maleducado, pero a fin de cuentas me estaba ayudando. Cuando vio que no me movía, me

hizo un gesto para que me montara en el coche. Me lo pensé durante un rato cuando él se sentó al volante. ¿Y si era un tipo peligroso?

—¿Sube o qué? No tengo todo el día —dijo con impaciencia.

Me puse el cinturón y me arrinconé contra la puerta. Él me miró de reojo sin decir nada. Creo que era la primera vez en mi vida que ponía tanta distancia entre una persona y yo. Pareció darse cuenta, arrancó el motor y puso los ojos en blanco.

—¿A dónde la llevo?

—La herradura.

Me miró sorprendido.

—¿A ese viejo rancho en ruinas?

—No está en ruinas. Sus cimientos son sólidos y está instalado en una gran propiedad cerca de un lago.

—La conozco —dijo con retintín—. Quien no parece saber a dónde va es usted.

No dije nada. Menudo impresentable. ¿Qué sabía él sobre el rancho de mi bisabuela? Había estudiado los planos. No había nada que algunas reformas y una capa de pintura no pudieran arreglar.

Vi que me observaba de reojo y lo miré airada.

—¿Qué?

—Y por esas pintas... —dijo, clavando la mirada en mis piernas—, también diría que no tiene ni idea de lo que se hace.

Apreté los muslos y mi pulso se aceleró. Volvió a centrar la vista en la carretera, pero me sentí completamente desconcertada. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Era una sutil amenaza? Tragué con dificultad y me agarré al pasamanos.

Aquí estaba, en el coche de un extraño con pintas de leñador que tenía los brazos como troncos y más mala pinta que un fugitivo. Intenté fingir que no estaba aterrorizada y lo miré de reojo. La barba, la mirada de mala leche, los escasos modales... ¿no me había dicho mi madre que jamás me montase en el coche de un desconocido? ¿Y si era un criminal? ¿Un asesino? Cielo santo, o peor aún, ¿un violador?

—¿Por qué se desvía? —pregunté asustada cuando lo vi tomar una carretera secundaria.

—Por aquí es más rápido.

—Pero no aparece en mi mapa.

—Un mapa para turistas nunca es una opción fiable. Soy de aquí, le aseguro que sé lo que me hago.

Oh, ¡mierda! Pues claro que sabía lo que se hacía ¡Me estaba secuestrando! Y yo se lo había puesto en bandeja. Gracias a mi ingenuidad acabaría en una zanja en mitad del desierto y los cuervos se comerían mis restos. ¿Había un final peor para Summer Philips? Pobre mamá, pobre abuela, pobre yaya, ¡qué diantres! ¡Pobre de mí!

Las manos empezaron a sudarme y por el espejo retrovisor vi que empezaba a ponerme pálida. Él también lo notó.

—¿Le sucede algo?

—No.

—Tiene mala cara.

—¿Debería tener mala cara?

—Está en mitad del desierto y no parece preparada para la ocasión, usted sabrá.

Dios, eso sí que era una amenaza en toda regla. Y entonces la vi. Algo brillante semiculto por su cazadora. Era... una... pistola. Me puse a temblar como un animalito asustado y comprendí que iba a morir si no hacía nada para remediarlo. Estaba en un pueblo perdido del desierto de Arizona, donde según las estadísticas, más del ochenta y seis por ciento de la población tenía armas. Estaba con un hombre armado en su coche. Estaba desarmada. No sabía a dónde me llevaba. Y...

Ni siquiera lo pensé. Abrí la puerta del copiloto y salté del coche en marcha cuando aminoró la velocidad para tomar una curva. Lo escuché gritar y el coche se detuvo de golpe. Estaba en un buen lío.

¡Está loca!

Connor

—¡Por todos los dioses!

Mi primer impulso fue agarrar a aquella lunática cuando creí que había tenido un accidente. Pero entonces echó la vista atrás y por su expresión aterrorizada comprendí que lo había hecho a propósito. ¿Quién se tira de un coche en marcha? Alguien que como mínimo no está en su sano juicio.

Pisé el freno y el coche se detuvo con una sacudida. Me bajé hecho una furia y caminé dando grandes zancadas hacia ella. Estaba a cuatro patas e iba gateando para alejarse de mí. Comprendí la situación y me detuve ipso facto. Genial, me había tomado por un psicópata. Qué gracia les iba a hacer a todos cuando les contara que aquella cabeza hueca había confundido al sheriff con un criminal.

—Señorita...

—¡No se acerque!

Intenté no reírme porque, a pesar de estar en desventaja, acababa de darme una orden. Era una situación surrealista.

A duras penas, intentó ponerse en pie y vi que tenía las rodillas magulladas. Fui incapaz de no tenderle una mano cuando le falló el equilibrio.

—¡No me toque! —bramó hecha una furia.

—Intentaba ser amable —me defendí irritado, y aparté la mano de inmediato.

Retrocedí un par de pasos para darle el espacio que necesitaba y fruncí el ceño. Aquella condenada mujer estaba empezando a sacarme de mis casillas. Pronto oscurecería y a lo lejos podía divisar la casa de los hermanos Hardin. Tenía que sacarla de allí.

—¿Amable usted? —preguntó con un deje de ironía—. ¡Me ha amenazado! ¡Y he visto su pistola!

Me sobrevino un súbito ataque de furia. Definitivamente no estaba en sus cabales.

—¿Qué yo he hecho qué?

—S- sí lo ha hecho, ¡no lo niegue! —titubeó, mordiéndose el labio—. Dijo que no sabía lo que me hacía, que estaba en mitad del desierto y no estaba preparada...

—¡Por el amor de Dios! ¡Porque es la verdad! Una muñequita con sandalias que se dirige a un rancho arruinado y acaba estrellando su coche contra una roca.

Ella se puso colorada de indignación y no pude reprimir una sonrisa. Si obviaba la situación, casi parecía adorable.

—¡Se cruzó un animal! —se defendió airada—, no iba a atropellarlo.

—No la he amenazado —le dije con tono tajante—. Creo que le ha dado demasiado el sol en la

cabeza y se le han fundido las dos únicas neuronas que tenía.

—¡Oiga! —exclamó ofendida. Dio una patada al suelo y levantó una polvareda naranja que la hizo toser. Puse los ojos en blanco—. ¡No le permito que me hable así!

—Bien —repuse, perdiendo la poca paciencia que me quedaba—. No tengo todo el día, así que suba al coche.

El horror volvió a sus ojos y retrocedió de manera instintiva.

—De ninguna manera... déjeme aquí y váyase. No me fío de usted.

—Le aseguro que soy su menor problema.

Ella me repasó con la mirada y arrugó la frente. Entendía lo que veía en mí. Un tipo corpulento y rudo que representaba una amenaza. Debía ser encantador para ganarme a semejante neurótica. Luego la dejaría en La Herradura y podría desentenderme de aquel grano en el culo para centrarme en los hermanos Hardin. La verdad, no veía el momento.

—Va armado.

—Sí —dije sin más, y abrí la cazadora para enseñarle el revolver—. Soy el Sheriff. ¿Lo ve? No ha sido más que un malentendido.

—¡Mentiroso! ¿Dónde está su placa? No tiene pinta de sheriff.

—En el coche, puedo...

Eché a correr en cuanto me di la vuelta. Reaccioné de inmediato cuando comprendí que se acercaba a la casa de los Hardin y la perseguí. La condenada era rápida y a mí me empezaban a pesar los años, pero conseguí llegar hasta ella resollando y la agarré del brazo.

—¡Suélteme animal! ¡Socorroooooooooooooo!

Le tapé la boca porque a esa distancia podían oírnos los Hardin. Ella se revolvió y me propinó una patada en la espinilla. Se me escapó un gruñido y aflojé el agarre, así que ella volvió a la carga.

—¡Auxilioooooooooooooo! ¡Me secuestran! ¡Qué alguien me ayu...!

Le tapé la boca de nuevo y le lancé una mirada asesina. Joder, ¡qué mujer! Por su culpa íbamos a acabar muy mal parados. Ella me miró con los ojos vidriosos y llenos de rabia. Respiré profundamente y comprendí que estaba aterrorizada. De todos modos, no me atreví a apartar la mano porque sabía que volvería a gritar. Hice acopio de todo mi autocontrol y le hablé con la voz más calmada del mundo.

—Señorita, le juro por mi vida que no quiero hacerle daño.

Ella gimió y se revolvió con menos violencia, así que supuse que mi tono sosegado la había tranquilizado.

—Como ya le he dicho, soy el sheriff del lugar y puedo asegurarle que cerca de aquí viven unas personas a las que es mejor no llamar la atención. Criminales de la peor calaña que no dudarían en hacerle daño.

Abrió mucho los ojos y me observó con una mezcla de recelo y miedo, como si estuviera

pensando si podía fiarse de mí. Iba por buen camino.

—Le diré lo que vamos a hacer. Primero voy a retirar la mano y usted no va a gritar, ¿de acuerdo?

Ella asintió con desesperación.

—Y luego me acompañará hasta el coche, la dejaré en su destino y no volveremos a vernos. ¿Le parece bien?

Volvió a asentir.

—De acuerdo... ¿va a gritar?

Sacudió la cabeza con frenesí y suspiré aliviado. Ahora parecía una persona con la que se podía razonar. Retiré la mano muy despacio y ella me miró sin pestañear. Tenía unos enormes ojos color avellana y el rostro en forma de corazón arrebolado por el forcejeo.

—¿Lo ve? Nada que temer.

Reconozco que me pilló desprevenido cuando me dio aquel empujón seguido de una patada en la rodilla que me hizo perder el equilibrio. Aullé de dolor y vi que echaba a correr en dirección opuesta al coche. Me había pateado la rodilla que tenía jodida desde el accidente. Me dolía hasta el alma. Maldita fuera.

La perseguí como si fuera un viejo con artritis y experimenté una oleada de furia. Tenía el orgullo por los suelos. No podía creer que una mujer de metro sesenta con sandalias me hubiera derrotado dos veces.

—¡Eh! ¡Se acabó!

La boca me sabía a sangre y el corazón estaba a punto de salirse por la boca. De repente me sentí viejo y pesado. Qué humillación. Ella metió el pie entre dos rocas y tropezó. Sonreí para mis adentros y llegué cojeando hasta ella. Benditas sandalias.

Ignoré su expresión aterrorizada y sus chillidos de colegiala cuando me agaché para inmovilizarla. Estaba harto de sus juegucitos. Esto se había acabado. La llevaría a rastras hacia el coche si era necesario. A pocos metros, divisé la silueta de la casa de los Hardin y me estremecí.

—¡No me toque! ¡Aléjese de mí!

Me sorprendió que incluso llevando las de perder siguiera oponiendo resistencia. Era una fierecilla de armas tomar.

—Señorita... —jadeé, e hice una pausa para tomar aliento—. Maldita sea, ¡estese quieta! No lo haga más difícil. Ya le he dicho que no voy a hacerle daño. ¿Cómo se llama?

—¿Para que pueda poner mi nombre en una lápida?

La pregunta me dejó tan confundido que dejé de inmovilizarla. Ella lo aprovechó para agarrar una piedra y alejarse a rastras. Bufé. Luego se me escapó la risa.

—¿Qué se supone que va a hacer con eso?

—Defenderme si es necesario.

—Entiendo...

No le dije que una piedra no tenía nada que hacer contra una pistola y mi corpulencia. Lo último

que quería era cabrearla más.

—Sé... sé que va a matarme, violarme y descuartizarme. Pero no pienso decirle mi nombre, ¡ni hablar! Y voy a luchar por mi vida con esta piedra o lo que tenga a mano, ¿qué le parece?

Me quedé tan pálido que no hice nada cuando ella se puso de pie y agarró la piedra con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Señorita, ¿qué dice? —reprimí las náuseas que me había producido la descripción de lo que ella pensaba que iba a hacerle. Por todos los dioses, ¿por quién me tomaba esa mujer? —. ¿Ha perdido el juicio? ¿Quién se cree que soy? ¿Hannibal Lecter?

—¡Me ha montado en su coche! —me recriminó hecha una furia.

—No, no, no... —respondí ofuscado—. Usted se ha montado después de que yo le ofreciera mi ayuda, y por todos los demonios, ¡empiezo a arrepentirme!

—Muy bien —se cruzó de brazos con ademán orgulloso—. Déjeme aquí y váyase.

Mi sentido del deber me lo impedía, y contra eso no tenía nada que hacer. Por supuesto que una parte de mí estaba deseando librarse de aquella lunática, pero no podía desentenderme de ella.

Apreté la mandíbula.

—No puedo dejarla aquí sola.

—¿Por qué no?

—¡Ya se lo he dicho! —exclamé agotado, como si hablara con la pared—. A pocos metros de aquí vive gente muy peligrosa que le haría daño. Un expresidiario y su hermano con antecedentes penales. Le aseguro que no quiere conocerlos.

—Es... una treta. La típica mentira para que me fie de ti.

—¡No, no lo es! —desabroché el cinturón de la funda de la pistola y lo dejé caer al suelo—. Cógela si así te sientes más segura.

Sabía que no era buena idea dejarle un arma a aquella desquiciada, pero estaba convencido de que no sabría usarla. Podían suspenderme por saltarme el reglamento, pero arrastrarla por la fuerza hasta el coche me parecía inmoral. Jamás le pondría las manos encima a una mujer, incluso a una como aquella que me había sacado por completo de mis casillas.

Ella miró con indecisión la pistola.

—Podría obligarme a subir al coche a punta de pistola...

—No me diga —respondí con ironía—. ¿Es lo que quiere?

—No, pero ¿por qué lo hace?

—Para que vea que puede fiarse de mí.

Ella se quedó confundida durante unos segundos, hasta que respiró aliviada y torció algo parecido a una tímida sonrisa. Y entonces se echó a reír.

— Dios mío, qué locura. Vale, vale. Me iré con usted.

—¿A dónde vas con tanta prisa, rubita?

La voz de Thomas Hardin, a mi espalda, me heló la sangre. Estaba tan concentrado en convencer a aquella mujer que ni siquiera lo había oído llegar. Me maldije por ser tan poco profesional y apreté los puños. Zach, su hermano pequeño, me apuntó con el cañón de la escopeta cuando hice el amago de coger la pistola.

Joder, a ver cómo salíamos de esta.

Estamos en apuros

Summer

La ceja del sheriff había dejado de sangrar, pero ahora el ojo izquierdo estaba cubierto por una capa de sangre seca que le otorgaba un aspecto más feroz. Casi tan amenazante como el de aquel par de criminales que nos tenían retenidos a punta de pistola. Aunque no tenían nada que ver el uno con los otros. Él había intentado ayudarme y ellos se mostraban agresivos a la menor oportunidad.

Observé todo lo que había a mi alrededor. Muebles viejos repletos de polvo, latas de conservas vacías y un olor rancio en el ambiente. Arrugué la nariz. Parece que la casa estaba abandonada y ellos llevaban allí poco tiempo. Aunque por los surcos de sudor de su ropa y los dientes amarillentos tampoco tenían pinta de ser muy higiénicos. Reprimí una arcada porque sospeché que les daría un motivo para cabrearse. A mi lado, el sheriff mantuvo la expresión impasible y la cabeza alta. No era de los que se intimidaban con facilidad. No era de extrañar, con aquel aspecto desafiante lleno de músculos. Pero no tenía nada que hacer estando maniatado y desarmado contra aquellos criminales. Aun así, él mantenía el tipo sin dejarse amilanar. Un tipo duro.

—¿Qué pasa, rubita? —el que parecía llevar la voz cantante me dedicó una mirada libidinosa que me puso los pelos de punta—. ¿No te gusta lo que ves?

Decidí cerrar el pico, algo muy impropio de mí. No había respuesta que pudiera contentar a aquel desalmado.

—Tranquila, piernas —echó otro vistazo, esta vez a mis muslos, y se relamió los labios—. Nunca me porto mal con una preciosidad como tú. Ya verás como lo pasamos bien.

Se tocó la entrepierna y luego se dio la vuelta para charlar con el otro. Intercambiaron un par de palabras y se dirigieron a la cocina. Estaban discutiendo. Por lo visto, no se ponían de acuerdo sobre lo que hacer con nosotros. Aproveché ese momento de intimidad para hablar con el sheriff.

—Supongo que estos son los tipos peligrosos de los que me habló...

—Cállate.

Vaya, estaba enfadado. ¿Podía culparlo? No. ¿Debíamos llevarnos bien para salir de este lío? Sí. Podía ser encantadora cuando me lo proponía, incluso con un gigante de malas pulgas.

—Oh, así que ya pasamos de formalismos. ¿Cómo te llamas?

—¿En serio? —me lanzó una mirada escéptica, pero sus ojos lanzaban chispas—. Hace unos minutos estabas fuera de sí y ahora actúas como si no estuviésemos en peligro. Joder...

—Sí, bueno... he tenido tiempo para pensar... y es... uhm... evidente que perder los nervios no sirve de nada en este tipo de situaciones.

—No me digas.

—Summer Philips —me presenté.

—Genial, Summer. Ahora hazme un favor y cierra el pico mientras yo trato de urdir un plan que

nos saque del lío en el que tú nos has metido.

Uy, qué susceptible y antipático.

—Te recuerdo, sheriff, que el que se desarmó fuiste tú.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Me estás echando la culpa? —alzó la voz sin dar crédito.

—El que tiene pistola y placa eres tú. O, mejor dicho, tenía...

—Es increíble. Eres una chiflada.

—Sin faltar —me sobresalté por el insulto. La verdad, no era la primera vez que me llamaban así. Yo prefería catalogarme como un espíritu libre que se encontraba con muchos obstáculos en su vida.

—Déjame en paz.

—Sheriff...

—Mantén la boca cerrada. No te muevas. No hagas nada que los cabree. ¿Puedes intentar que no te maten?

Estaba acostumbrado a dar órdenes, pero ahora que sabía que estaba del lado de la ley no me imponía tanto. Bueno, quizá sí. Pero era mi única opción y sabía que podía confiar en él.

—Una cosa...

Me quedé callada cuando los dos hombres regresaron al pequeño salón. A pesar de que el sheriff tenía las manos atadas, lo observaban con inquietud y no dejaban de apuntarle con sus armas. Vaya, debían tenerle mucho miedo.

—Ya no eres tan duro, eh, sheriff... —se burló el que llevaba la voz cantante.

Se agachó para reírse en su cara y el sheriff le propinó un cabezazo que lo hizo perder el equilibrio y caer de culo. Abrí mucho los ojos. Guau, como en una película de Jean Claude Van Damme.

—Joder, Thomas, ¿estás bien? —le preguntó el otro.

El tal Thomas se zafó del agarre de su compinche cuando éste lo ayudó a levantarse. Estaba furioso y tenía el rostro congestionado por la humillación. Le costó ponerse en pie y una hilera de sangre goteó desde su sien. El sheriff le había dado un buen golpe. A pesar de haber disfrutado del espectáculo, todo hay que decirlo, sabía que era un error. Ahora Thomas era más peligroso porque estaba cabreadísimo y tenía ganas de vengarse.

—Cabrón —escupió sangre y lo miró con odio—. Sigues siendo un animal de costumbre, eh, sheriff.

—Y tú un perro sarnoso que se cree un lobo por tener una escopeta en la mano —respondió el sheriff con una sonrisa arrogante en los labios.

Thomas le golpeó en el estómago con la culata de la escopeta. El sheriff soltó un gruñido, y justo cuando creí que se doblaría de dolor, se abalanzó hacia él como una bestia. Tenía las manos atadas a la espalda, lo que no impidió que fuera un gran rival. Le propinó un rodillazo en las

costillas a Thomas que cayó bocarriba jadeando. Entonces comenzó a patearlo mientras el criminal berreaba como un crío.

—¡Idiota! ¡Quítamelo de encima!

El otro sostuvo la pistola con manos temblorosas y apuntó a la cabeza del sheriff.

—Te dispararé si no te estás quieto.

—Los dos sabemos que no tienes agallas —respondió sin temor el sheriff.

—Le dispararé a ella.

Me encogí de terror y traté de hacerme invisible contra la pared. Yo no era tan dura como el sheriff. El sheriff soltó una maldición cuando el hombre se acercó a mí, me agarró del pelo y pegó el cañón de la pistola contra mi frente. Temblé como un pajarillo y comencé a rezar.

—Déjala en paz —le pidió el sheriff, apartándose de Thomas.

Respiré aliviada cuando dejó de apuntarme con la pistola. Thomas le dio un puñetazo en la mandíbula al sheriff. Oí un crujido y pensé que se desmayaría de dolor, pero apenas se inmutó. Madre mía, ¿de qué estaba hecho este hombre?

—Dejarás de ser un maldito arrogante cuando te meta un tiro entre ceja y ceja —le advirtió Thomas.

El otro se volvió horrorizado hacia él. Los dos tenían las cejas pobladas y los ojos de un azul frío. Debían ser familia. Thomas debía ser el mayor y el que daba las órdenes. El otro se limitaba a obedecerlo como un conejillo asustado. Quizá podíamos aprovechar su debilidad. Mi cabeza comenzó a trazar un plan mientras Thomas y su secuaz se enzarzaban en una discusión.

—Tío, no podemos hacer eso.

—¿Por qué no? —Thomas apuntó al sheriff y acarició el gatillo de la escopeta mientras esbozaba una sonrisa maliciosa—. Me apetece ser lo último que vea este imbécil. ¡Él me metió en la cárcel!

—Y volveré a hacerlo —le aseguró con tranquilidad el sheriff.

Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco. Dios, qué hombre tan orgulloso. ¿Quería que nos mataran? Hace un momento me había protegido. No entendía nada.

—Tienes la condicional. Te meterán en chirona de por vida si lo matas —le dijo el otro.

—Nadie sabe que está aquí.

—¡Será el primer lugar al que vengán cuando lo echen en falta!

—Para entonces nos habremos ido —Thomas sostuvo el rostro del otro y lo miró con un sentimiento casi fraternal—. Venga, Zach, ¿no te apetece empezar de nuevo en otro sitio? Este pueblo ya no es nuestro hogar. Ya viste cómo te trataron cuando este cabronazo me metió en chirona. Tú y yo juntos, como en los viejos tiempos. Deja que tu hermano mayor cuide de ti.

—No sé... nos meteremos en un lío. Dijiste que las cosas iban a cambiar.

—¡Yo no tengo la culpa de que me lo haya puesto a huevo! Y mira esa monada, seguro que podemos utilizarla como cebo para atracar a todos los turistas que hacen la ruta 66. Nadie se resistiría a un bomboncito rubio, ¿no te parece? Estaríamos en México en menos de una semana

con un montón de pasta.

Estuve tentada de decirle que yo no me prestaba a semejante ardid, pero comprendí que para los tipos como él mi voluntad era lo de menos. Teníamos que salir de allí cuanto antes.

—¿A cuántos memos crees que podemos atracar hasta llegar a la frontera? —siguió tentándolo Thomas—. Pero el sheriff sobra en la ecuación. Si lo dejamos libre dará la voz de alarma y nos perseguirá hasta darnos caza. ¿A qué sí, sheriff?

—No te quepa duda.

Tuve ganas de golpear al sheriff. Uf, ¡qué hombre!

—No podemos correr el riesgo —Thomas palmeó la espalda de su hermano—. Pensarás mejor con una cerveza. Venga.

Me volví enfurecida hacia el sheriff en cuanto nos dejaron a solas.

—¿Pretendes que nos maten?

—Acabo de salvarte la vida hace un momento. De nada.

—¡Y vas a hacer que nos maten ahora! —exclamé alterada—. ¿De verdad no puedes dejar de responder a sus provocaciones? Ya sé que eres un tipo orgulloso, pero tampoco pasa nada por fingir que estás asustado para salvar tu vida.

—Ni de coña —replicó con suficiencia—. Es justo lo que Thomas Hardin quiere. No pienso darle esa satisfacción.

—Oh... por favor... serás el sheriff, pero tienes las neuronas fundidas.

Me fulminó con la mirada, pero no me dejé intimidar. Estaba aterrorizada por la situación y mi instinto de supervivencia era superior a ese gigante.

—Te recuerdo que no estaríamos aquí de no ser por ti.

—¡De acuerdo! Es culpa mía. ¿Es eso lo que quieres oír? —ante su silencio, proseguí con lo que me interesaba de verdad—. ¿Puedes dejar esa absurda lucha de egos para cuando los metas en la cárcel? Así solo conseguirás que te maten.

—No te preocupes por mí.

—No lo hago. Me preocupo por mí —le fui sincera—. No me apetece irme a México con ese par de criminales.

—No voy a permitir que te lleven a ninguna parte —me prometió con tanta seguridad que casi lo creí—. No van a salir de aquí.

—Tengo un plan —le dije, mostrándole las manos desatadas.

El sheriff me contempló sin dar crédito y sonreí con orgullo. Me las había desatado porque ese par de inútiles no me consideraban una amenaza y no se habían esmerado con los nudos tanto como con el sheriff. Craso error.

—Tienes las manos desatadas ¿y me lo dices ahora?

—Es lo que intentaba decirte antes, la primera vez que nos dejaron solos. Pero como no me dejabas hablar...

—Ahora la culpa va a ser mía...

— Me desaté hace un rato —le conté emocionada—. Menudo nudo de pacotilla, eh. Me ha costado lo mío, pero ha sido pan comido. ¿En el mundo criminal no los enseñan a maniatar a la gente? Je, je...

El sheriff me observó como si estuviera loca. Agaché la cabeza con resignación. Por lo visto, no lo había impresionado ni un poquito. Pero ¿quién era yo comparada con esa mole que daba cabezazos sin despeinarse?

—Lo siento, hablo por los codos cuanto estoy nerviosa.

—Desátame cuando no miren —me ordenó con voz autoritaria—. Yo me encargaré del resto.

—Puedo ayudar.

—Por Dios, tú no hagas nada —me miró a los ojos y añadió con tono agrio—: Más.

—Pero...

—Estate quieta y no empeores las cosas. El agente de la ley soy yo.

Resoplé y estuve a punto de cruzarme de brazos, pero recordé que esos dos podían abrir la puerta en cualquier momento y fingí seguir atada. Por lo visto, el sheriff me tenía por una princesita inútil y en apuros. Una parte de mí lo habría dejado salvar la situación, pero temía por nuestras vidas y sabía que no podía hacerlo él solo. Además, estaba harta de darle las riendas de mi vida a un hombre. Si las cosas iban a salir mal, que fuera porque yo tomaba mis propias decisiones.

— Solo escucha mi idea —le pedí.

—Summer, tus ideas son terribles. Tu última idea fue que era un peligroso criminal que iba a enterrarte en una zanja.

—Tus malas pulgas, tus respuestas cortantes, tu aspecto, la falta de un buen corte de pelo, la pistola... —le enumeré las razones de mi desconfianza.

—Ya te he dicho que soy el sheriff.

—Eso podrías habérmelo dicho antes de que descubriera que llevabas pistola —le recriminé encendida.

—La mayoría de la gente de aquí va armada.

—Lo sé... —respondí con desgana, porque eso no me gustaba ni un pelo—. Pero, de todos modos, si te hubieras mostrado un poquito más amable y, no sé, ¿me hubieras enseñado la placa!

—Nunca le digo a un extraño que soy el sheriff hasta que averiguo si es de fiar. Si sus intenciones no son honestas tratará de disimular. Pero ante un desconocido bajan la guardia y los cazo en el apto. Este lugar es muy tranquilo y pretendo que siga siéndolo.

No quise meter cizaña recordándole dónde estábamos. Si él decía que su pueblo era tranquilo, tampoco tenía por qué dudar de él.

—Genial, sheriff. Pues ahora estamos en un buen lío por no haber sabido manejar la situación.

—Increíble...

—¿Quieres oír mi plan? —pregunté esperanzada.

—No.

Resoplé indignada, pero no me di por vencida. Era un hueso duro de roer, pero yo también podía serlo cuando se me metía una idea en la cabeza.

—¡Te va a encantar! —le dije, a pesar de que él puso los ojos en blanco cuando comencé a hablar—. Es evidente que el tal Zacharias es el más débil de los dos. Es un pusilánime que solo sigue los pasos de su hermano y está muerto de miedo. Seguro que podemos manejarlo. Tenemos que separarlos con alguna excusa. No sé... puedo fingir que estoy muy enferma para que vaya a la farmacia, algo se nos ocurrirá. Thomas no confía lo suficiente en él, así que será él quien salga a hacer el recado. Entonces aprovecharemos la oportunidad para convencer a Zacharias de que nos suelte. Le diré que provengo de una familia tremendamente rica que le pagará un buen rescate, pero que para ello deberá soltarme y que su hermano se puede quedar contigo. Tú fingirás que estás muy indignado, eso le dará veracidad al asunto. Yo antes te habré soltado las manos, así que cuando vaya a desatarme, yo le quito la pistola cuando menos se lo espere y tú te abalanzas sobre él. Es un buen plan, ¿a qué sí?

—Por todos los dioses... —respondió espantado—. Desátame antes de que vengan esos dos y déjame el resto de las decisiones a mí.

—No.

—¿Qué?

—Que no.

—¿Te has vuelto más loca de lo que estabas? Summer, maldita seas, desátame ahora mismo. No puedo sacarnos de ésta si tú no colaboras.

—Di que es un buen plan —le exigí ofendida.

El sheriff me observó como si le estuviera gastando una broma, hasta que comprendió que lo decía muy en serio y soltó un suspiro.

—¡Es un plan estupendo! —exclamó de manera sarcástica—. ¡Suéltame!

Bueno, me valía. Dudaba que fuera a conseguir algo mejor de semejante cabeza dura. Me puse a ello e intenté desatarlo, pero pronto comprendí que iba a ser más difícil de lo que pensaba. Se habían esmerado mucho con él. La cuerda estaba tensa y repleta de nudos. Que el sheriff tuviera los brazos del tamaño de dos troncos tampoco ayudaba.

—Date prisa.

—Hago todo lo que puedo —me quejé, y comencé a perder los nervios—. ¿La amabilidad y tú no os conocéis? Amabilidad, te presento al señor antipático. Señor antipático, te presento a la señora amabilidad. ¿Podéis haceros amigos?

—Eres una chiflada a la que estoy deseando perder de vista en cuanto todo esto acabe.

Me puse colorada de indignación y agradecí que no pudiera verme la cara. Qué impresentable.

—Lo mismo te digo —tiré de los nudos sin obtener resultado—. Necesitaré algo afilado para romper las ataduras.

—Ni se te ocurra levantarte, pueden abrir la puerta en cualquier momento, y si te pillan, estás

muerta.

—¿Tienes un plan mejor?

—Tú eras la de los planes.

—Ah, ahora quieres escuchar mis ideas...

—No he dicho que quiera escucharlas —respondió irritado, y de repente se calló.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que puedes alcanzar ese trozo de cristal sin levantarte?

Lo vi a poca distancia. Parecía un trozo de cristal de una ventana. No creí que pudiera alcanzarlo sin levantarme. ¿Y si corría el riesgo? El pulso me martilleó en las sienes y me sudaron las manos. Podía hacerlo. Tardaría dos segundos. Ni siquiera se darían cuenta. Pero ¿y si abrían la puerta en ese preciso instante? Uf, estaba perdiendo un tiempo muy valioso con estas dudas. Hasta la bisabuela se habría levantado de su silla para alcanzar el puñetero cristal. Pero yo era débil. Una inútil que no se parecía en nada a ella. Ni a la abuela. O a mamá. Una fracasada profesional y sentimental. Una...

Me levanté de un salto, corrí hacia el cristal y volví a mi sitio justo en el momento que la puerta se abrió. El sheriff me observó con la boca abierta. Me tiré al suelo y conseguí caer bocarriba. A Thomas se le encendió la mirada con algo peligroso y me apuntó con la escopeta.

—¿Qué acabas de hacer, rubita?

Esta rubia es de otro planeta

Connor

Mierda.

Lo primero que pensé cuando Summer se tiró al suelo en el instante que Thomas abrió la puerta fue que estábamos perdidos. ¿Es que se había vuelto loca? En realidad, ¿se había vuelto más loca de lo que estaba? No tenía sensatez, no veía el peligro y acababa de ponerse en riesgo.

—Te lo preguntaré una última vez —Thomas avanzó hacia ella con la escopeta apuntándole al rostro—. ¿Qué acabas de hacer?

—Nada —respondió ella con inocencia.

—No me gustan las mujercitas mentirosas. Y, cariño, tú me estás tomando por tonto.

—Un calambre —Summer puso cara de buena y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me he desmayado. No me encuentro bien.

—¡Mentirosa! —apuntó con la escopeta a su frente—. Intentabas escapar, ¿a qué sí? Pensabas que podías tomarme el pelo cuando no os estaba vigilando. ¿Crees que soy idiota?

—No, señor, se lo juro.

Summer hizo un puchero y se sorbió las lágrimas. La observé confundido. ¿Estaba actuando o su miedo era real? Cualquiera persona con dos dedos de frente estaría aterrorizada de que la apuntaran con un arma.

—Soy diabética y me parece que estoy sufriendo una bajada de azúcar. Me encuentro muy mal.

Zacharias Hardin se acercó asustado a su hermano.

—Thomas, y si...

—Cállate —le espetó furioso—. Intenta tomarnos el pelo. Debe pensar que somos dos paletos que viven en mitad del desierto a los que puede manejar a su antojo.

—Me siento fatal...

Summer comenzó a respirar con dificultad y perdió el equilibrio. La observé aterrorizado. ¿De verdad era diabética? ¿Y si estaba sufriendo una crisis? Joder, no podía permitir que muriese allí.

—¡Necesita atención médica! —me puse nervioso.

—¡Callaos los dos! Sé lo que pretendéis... —pero Thomas dejó de agarrar la escopeta con tanta fuerza. Quizá podía hacerle un placaje y desarmarlo.

—... mi... insulina... —Summer se tumbó de lado y entrecerró los ojos—. ... necesito... en... el coche...

—Joder, tío, ¡ve a por la insulina! ¡Se está muriendo! —le exigió Zacharias a su hermano.

Entonces, ella comenzó a convulsionar y Thomas maldijo hecho una furia. Intenté acercarme a Summer y Zach me apuntó nervioso con la pistola.

—No te muevas.

—¡Se va a morir! ¿No pensáis hacer nada? Maldita sea, Zacharias, creí que eras mejor que tu hermano.

Zacharias se giró hacia su hermano tan pálido como una estatua.

—Thomas... no podemos dejar que se muera...

Thomas soltó otra maldición y nos contempló con desconfianza.

—No dejes de apuntarles hasta que yo vuelva. Voy al coche a por la maldita insulina. Como esto sea una treta les pienso pegar un tiro a cada uno.

Thomas salió de la cabaña y dejó la puerta abierta. Podía con Zacharias pero no sabía si Summer estaba fingiendo o estaba enferma de verdad. No me atrevía a correr el riesgo por si ella no podía acompañarme en la huida. Arrastré las rodillas hacia ella cuando vi que jadeaba y se retorció de dolor.

—¡Ahora! —gritó, y le clavó el trozo de cristal a Zacharias en el pie.

Este no lo vio venir. Para ser sincero, yo tampoco. Me costó dos segundos reaccionar. Uno para comprender que Summer era una gran actriz. Dos para visualizar una estrategia. Zacharias aulló de dolor y se tambaleó hacia delante. Conseguí ponerme de pie y hacerle un placaje. A él se le cayó el revolver justo a los pies de Summer. Le di un rodillazo en las costillas cuando intentó alcanzarlo y utilicé mi cuerpo para bloquearlo contra la pared. Sin usar las manos estaba en desventaja y no sabía cuánto tiempo podría retenerlo.

—¡La pistola! —le dije a Summer.

Ella observó el arma como si fuera la primera vez que veía una de cerca. Creí que no sería capaz de cogerla, pero entonces reaccionó y la sostuvo con manos temblorosas en el preciso instante que Thomas entraba por la puerta. No fue lo suficiente rápido para encañonarla, ella lo había pillado desprevenido.

—¡Suelta la escopeta! —le ordenó Summer, que ya le estaba apuntando.

La miré impresionado. Jamás habría imaginado que una mujer como ella tuviera tantas agallas. Nunca subestimes el instinto de supervivencia de una chica de ciudad.

—¿Qué vas a hacer con eso? —se burló Thomas, pero noté que su voz ocultaba el miedo—. Dame eso, vas a hacerte daño.

—Al único que voy a hacer daño es a ti —se envalentonó ella.

Cuando Zacharias intentó moverse, le pisé el pie donde ella lo había apuñalado.

—Ni siquiera sabes cómo se utiliza. La estás cogiendo mal. Y no tienes lo que hay que tener para dispararme.

Las manos de Summer temblaron. La miré a los ojos y asentí para darle valor.

—Hazlo —susurré. Ella me leyó los labios y vaciló. No tenía valor.

El disparo impactó en el quicio de la puerta, a escasos centímetros de la cabeza de Thomas, que se agachó por instinto. Summer abrió los ojos de par en par, como si no diera crédito a lo que

acababa de hacer.

—Qué valiente —rumió con desprecio Thomas, y entonces sus ojos brillaron con malicia—. Lástima que esa pistola solo tuviera una bala.

Summer apretó el gatillo y no pasó nada.

—Ups... —me miró asustada.

Thomas levantó la escopeta en el preciso instante que me abalancé contra él. Solo estaba prestándole atención a ella, así que no me vio venir. Conseguí derribarlo y la escopeta se disparó sola. La bala me rozó el hombro e impactó contra la ventana. Una lluvia de cristales provocó que Summer se tirara al suelo y se cubriera el rostro con las manos. Fui a darle una patada a Thomas cuando Zacharias contrató y se enganchó a mi espalda. Con las manos atadas no podía quitármelo de encima, así que cogí carrerilla y me choqué de espaldas contra la pared. Zacharias gimió y se cayó al suelo.

—¡Summer!

Ella se incorporó gateando y observó lo que estaba sucediendo como si se hallara en una película. Estaba a punto de ir a por ella cuando los dientes de Zacharias se clavaron en mi tobillo.

—¡Sal de aquí! —le ordené, justo cuando Thomas se ponía de pie y aferraba la escopeta.

Ella echó a correr y Thomas consiguió agarrarla del pelo. Actuó por instinto y le clavó el cristal en las costillas. Thomas gritó de dolor y la soltó. Me quité de encima a Zacharias de una patada y conseguí empujar a Summer hacia la puerta. Una bala pasó volando a escasos milímetros de mi cara.

La agarré de la mano y observé el vasto desierto. En la carretera éramos una presa fácil y las llaves del coche estaban en la cabaña. No teníamos otra opción.

—¡Corre! —tiré de ella cuando Thomas salió hecho una furia y comenzó a dispararnos.

Polvo.

Disparos.

El sol se estaba ocultando.

Un vasto horizonte de tintes escarlatas repleto de peligros.

La mano de Summer aferrada a la mía.

Disparos.

Más deprisa. El pulso acelerado.

Disparos. Los gritos amenazadores de Thomas Hardin.

Saguaros, lagartos, las montañas, serpientes de cascabel. Arena.

No sé durante cuánto tiempo estuvimos corriendo, pero conocía el desierto como la palma de mi mano y conseguimos llegar hasta una depresión repleta de arbustos que nos sirvió de escondite. Habíamos dejado de escuchar los disparos.

La miré. Ella me miró. Su pecho subía y bajaba a causa de la excitación y la carrera. Tenía las mejillas arrojadas, el pelo rubio despeinado y el rostro cubierto de polvo. De repente la vi con

otros ojos. Me pareció guapa. Valiente.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó emocionada.

Sonreí. Era la primera vez que sonreía de verdad en mucho tiempo. La ocasión lo merecía.

—Sí.

—¡Lo he conseguido!

Dio saltitos de emoción sin soltar mi mano. Se rio como una histérica. Me hizo bastante gracia. Qué mujer tan desconcertante.

—Lo has conseguido.

—¿Me has visto?

—Te he visto. Estás como una cabra. Enhorabuena.

—¡Yujuuuuuuuu!

Y, entonces, me uní a sus risas. Los dos nos reímos como un par de lunáticos que acababan de vivir una aventura surrealista. Rocambolesca. Estábamos excitados a causa de la huida. Nerviosos. El pulso me iba a mil por hora. Dejé de pensar con claridad y no supe lo que se apoderó de mí cuando la estreché por la cintura y la besé en los labios. Summer Philips sabía a peligro. A calor. Y me gustó demasiado.

¿Qué haces?

Summer

El beso me pilló desprevenida. Estaba excitada a causa de la pelea y la posterior huida. Tal vez esa fue la razón de que no me apartara. La sorpresa inicial desembocó en un beso lento e intenso. Estaba besando a un hombre del que ni siquiera sabía su nombre. Sus brazos me aferraban la cintura con fuerza. Nunca me había topado con un tipo tan rudo. Y, sin embargo, dentro de ese beso salvaje había cierta dulzura. Y una pasión desenfadada que me absorbió por completo. El sheriff era un hombre duro y pasional.

Los dos nos apartamos a la vez cuando nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo. ¡Qué locura! Qué desfachatez por su parte besarme de aquella manera. Qué vergüenza por la mía no haberlo rechazado. ¿Por qué no le había parado los pies? El sheriff no era para nada mi tipo. Un gorila de dos metros con demasiados músculos y muy malas pulgas. ¿Acaso me gustaban sus brazos de acero? ¿Su pecho duro como la roca? ¿Su mirada desafiante? Para nada.

Estaba ardiendo y tenía los ojos nublados por el deseo. No entendía nada.

—Me has besado —le recriminé en voz baja.

Él apartó la mirada con brusquedad.

—Me ha podido la emoción —respondió ofuscado consigo mismo—. No era yo.

—Pues no vuelvas a hacerlo —le advertí sofocada.

—Descuida, no volverá a pasar —respondió con voz cortante—. De hecho, no me ha gustado.

Me puse furiosa. Aquello era el colmo. Cómo se atrevía.

—¡Ah, encima te pones exquisito!

—No te pongas así —me dio la espalda y estudió el terreno—. Solo digo que no eres mi tipo.

Qué insolencia. ¿Qué yo no era su tipo? Pero ¡si me había besado él!

—¡Ni tú el mío! —le respondí a su espalda—. En fin, qué sabré yo. No voy besando al primer hombre con el que huyo de un secuestro. Supongo que por aquí serán vuestras costumbres. ¿Alguna más de la que tengas que advertirme?

—Cállate.

—¡No me mandes callar!

—Baja la voz —me pidió, mirándome por encima del hombro—. Podrían oírnos, ¿quieres que nos maten?

Le hice caso y disminuí el tono.

—Al menos podrías darme las gracias por habernos sacado de allí.

—Concedido —respondió para mi sorpresa—. Te las doy por haber jugado a la enferma convincente después de habernos metido en semejante lío.

Puse los ojos en blanco. ¿De qué me sorprendía?

—No sé tu nombre. Dadas las circunstancias, me gustaría saberlo.

—Para ti soy el sheriff de Rainbow Valley.

Le dediqué una mirada repleta de furia.

—Eh, cowboy, ¿de qué vas?

Enarcó una ceja y sonrió de medio lado. Aquella sonrisa aumentó su atractivo. No era guapo, pero tenía algo. Mandíbula cuadrada, boca carnosa, ojos oscuros. Ganaría puntos sin la barba.

—Cowboy —repitió con tono jocoso—. ¿Y tú qué eres, chica de ciudad?

—Prefiero ser una chica de ciudad a un antipático gruñón como tú.

—Me parece justo.

Me llevé las manos a la boca cuando descubrí que estaba sangrando. La camisa estaba rasgada a la altura del hombro. La herida tenía mala pinta.

—Te han dado.

—No es nada —respondió con tranquilidad, y tuve la impresión de que no lo hacía para hacerse el héroe. Él era así—. Solo me ha rozado.

Le habían disparado y había recibido varios golpes. Debería estar hecho papilla, pero seguía manteniendo el tipo. Lo observé impresionada sin poder remediarlo. Tenía razón. No era más que una chica de ciudad que no pintaba nada allí.

—¿Tienes sed?

—Sí.

Observé el camino de espinas, zarzas, ramas y piedras en el que nos hallábamos. A nuestro alrededor no había ni una gota de agua.

—¿Sigues teniendo el trozo de cristal?

Se lo tendí sin rechistar. Se acercó a un arbusto repleto de púas y se quitó la camisa para envolverse la mano. Con cuidado, cortó un fruto de aspecto rosado y lo partió por la mitad. No me pasó desapercibido que me ofreció el trozo más grande. Estaba dulce y jugoso. Lo terminé en tres bocados.

—¿Qué es?

—Una chumbera. Las púas del exterior la protegen de los animales e insectos.

—Nunca se me habría ocurrido probar su fruto. Está bueno.

—Deberíamos seguir. Ya hemos repuesto algo de fuerzas y este sitio no es lo suficiente seguro.

—Pero ¿estás bien? —me preocupé. Aunque no lo admitiese, seguro que estaba luchando contra el dolor.

—Sí. ¿Tú puedes seguir?

Me molestó que me tomara por una pusilánime. Pues claro que podía continuar, sobre todo si mi vida dependía de ello.

—Por supuesto. ¿Cuál es el plan?

—Esos malnacidos no pararán hasta darnos caza. No podemos regresar a por el coche, pero a cinco kilómetros vive un viejo amigo. Llamaré desde su casa a los refuerzos.

Aunque el sheriff no me cayera bien, agradecí estar con él en esta situación. Yo sola no habría durado ni dos segundos. Le seguí los pasos y me abracé a mí misma cuando el sol se ocultó por completo y comenzó a refrescar. Teníamos un largo camino por delante.

No sé cuánto tiempo llevábamos caminando. En una situación normal, completar los cinco kilómetros me habría llevado poco tiempo. Pero mi calzado no era el indicado para el terreno. Me doblé el tobillo una vez y las sandalias se hundieron en los montículos de arena otras veces. El camino se me estaba haciendo eterno y el horizonte que divisaba a lo lejos era desmotivador. Un páramo desértico repleto de rocas, matorrales y saguaros. No veía la casa de su amigo por ninguna parte.

El sheriff iba delante, pero comprendí que algo no iba bien cuando lo adelanté en un par de ocasiones. Se detuvo un segundo para tomar aliento y continuó con expresión dolorida. Lo miré de reojo cuando volvió a adelantarme. Había recibido varios golpes, era normal que no estuviera a pleno rendimiento. Pero era demasiado tozudo para admitir que necesitaba un respiro, así que fingí tropezarme y me tiré al suelo. El sheriff se detuvo de manera abrupta.

—¿Estás bien?

—Dame cinco minutos.

Se cruzó de brazos y miró preocupado por detrás de mí. Estaba convencida de que podíamos permitirnos descansar. Los hermanos Hardin no podían perseguirnos con el coche por aquel camino desnivelado y repleto de dunas. Y llevábamos tiempo sin oír ningún ruido, así que podíamos parar cinco minutos. Sobre todo porque él lo necesitaba.

—A quién se le ocurre traer semejantes zapatitos al desierto... —lo dijo en voz baja, pero lo escuché de todos modos.

—En mis planes no entraba tener un accidente.

—Deberías ser más precavida.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Ya sé que no te doy buena impresión, pero tampoco hace falta que me lo restriegues por la cara en todo momento —le dije exasperada—. Ni siquiera es asunto tuyo si vengo o no preparada.

—Sí que lo es —me rebatió con tono ofuscado—. La seguridad de todos los habitantes de Rainbow Valley es asunto mío. En fin... si es que duras mucho aquí...

—Uf... —resoplé indignada—. ¡Olvidaba que eres el cowboy perfecto! Un macho alfa hecho para el desierto y las situaciones peligrosas. Un poquito demasiado orgulloso, pero... ¡qué diantres! El señor más sensato y duro de todo el desierto de Arizona.

Me miró con frialdad cuando terminé. La verdad, me había quedado muy a gusto.

—¿Has terminado?

—¿Y tú?

—No sé a qué te refieres.

—Vale, vale, lo que tú digas... —repuse con desgana—. De hecho, puedo continuar sin pestañear. Solo me he parado porque pensaba que tú lo necesitabas y eras demasiado arrogante para aceptar que la chica de ciudad te llevaba ventaja.

Noté que se ponía algo colorado y reprimí una sonrisa victoriosa.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Levántate la camiseta.

El sheriff enarcó una ceja y todo su cuerpo emanó tensión.

—¿Cómo?

—La camiseta.

—No creo que este sea momento de...

Se me escapó una carcajada cuando vi que él parecía atónito.

—Ay, Dios... ¿de verdad has pensado que estaba sugiriendo que tú y yo...?

El sheriff se puso muy serio y su expresión ocultó algo más. Un leve rubor, casi imperceptible, se instaló en sus mejillas. Había pensado que estaba flirteando con él y ahora parecía furioso. Vaya, diría que acababa de tocar esa coraza tan dura.

—¿Y qué diablos estabas sugiriendo? —estaba molesto de verdad.

Por alguna extraña razón, a pesar de su corpulencia ya no le tenía ningún miedo. Así que corté la distancia que nos separaba y le levanté la camiseta. Para mi sorpresa, su rostro fue el vivo reflejo del pudor. Arrugué la frente al contemplar el enorme hematoma de color rojo que se estaba formando desde su abdomen hasta el costado derecho. Recordé el golpe que aquel criminal le había propinado con la escopeta.

—¿Te duele?

Se sobresaltó cuando apenas lo rocé.

—¿Tú qué crees? —replicó con tono arisco.

—Que no sé ni cómo puedes caminar.

—Con las piernas.

Se me escapó la risa floja. Lo había dicho muy en serio. Me miró sin pestañear y puso mala cara.

—¿De qué te ríes?

—¿De verdad eres tan duro como pareces o solo es... fachada?

—Deberíamos irnos.

—No has contestado.

—Se hace tarde.

—Espera —le pedí, e hice un gran esfuerzo para apartar la vista de sus abdominales. Uf, parecían

pintados con Photoshop. Qué obra de arte—. Dame el cristal.

Me lo devolvió con una mirada inquisitiva. Me rasgué un trozo de la camiseta y le vendé la herida que tenía en el hombro. Era lo único que podía hacer por él. Se quedó muy quieto hasta que terminé y me dio la impresión de que se inquietaba cuando lo tocaba. ¿Lo ponía nervioso? Dudaba que alguien como yo pudiera impresionar al hombre de hielo. Pero había demostrado ser de fuego cuando me besó...

Bah, ni yo era su tipo ni él el mío.

—Ya está. Deberías ir a que te miren las heridas cuando salgamos de esta.

—Tú deberías comprarte unos zapatos nuevos.

Puse los ojos en blanco. ¡Qué hombre!

—Lo voy a guardar —le dije, por hablar de algo cuando reiniciamos la marcha. Metí el trozo de cristal dentro del bolsillo de la falda—. Creo que me da buena suerte.

—¿Un trozo de vidrio?

—No es un trozo de vidrio cualquiera. Nunca pensé que tendría valor para apuñalar a alguien... aunque fuera en el pie. Nos ayudó a escapar y lo quiero tener de recuerdo.

—Tú fuiste la que hizo todo eso, no el cristal.

—Siempre he sido una cobarde —musité para mis adentros.

—No creo que seas una cobarde —me dijo para mi sorpresa—. Creo que estás loca. Solo una loca conduciría con sandalias por todo el desierto.

Apreté los dientes y noté que él sonreía. Vaya, vaya... el señor antipático tenía sentido del humor.

—Por cierto, me llamo Connor.

Me tendió una mano. No sé qué había cambiado para que me dijese su nombre, pero la acepté encantada. Noté una corriente de electricidad cuando nuestros dedos se rozaron y terminé el apretón muy deprisa. Estaba completamente descolocada.

—¡El cowboy Connor! —seguí caminando y fingí entusiasmo para enmascarar la emoción que me apretaba el pecho. No entendía nada.

—No me llames así.

—¿Por qué no?

—Porque suena ridículo.

—Connor, el cowboy gruñón.

—Suena todavía peor.

—Un sheriff con muy malas pulgas.

—Una chica de ciudad con zapatitos en mitad del desierto...

—Te advierto que soy muy competitiva... ¡Chuck Norris de pacotilla!

—Petarda con minifalda.

Me puse colorada como un tomate.

—Hombre de hielo con placa.

—Rubita descerebrada.

Los insultos fueron subiendo de categoría y apenas reparé en el camino. Connor era un duro adversario que siempre tenía una buena réplica para mis pullas.

—¡Harry el sucio!

—La rubia apuñaladora.

—Uy, ¡eso no te lo perdono!

Decidido: es una pirada

Connor

Los que me conocían decían que tenía poco sentido del humor. Sin embargo, me lo estaba pasando en grande con aquel misterio llamado Summer Philips. Estaba como una cabra y tenía una lengua afilada. Además de ser preciosa, valiente y alocada.

Te va mejor solo, me recordé. En mi vida no había espacio para ninguna mujer. Menos aún para alguien impredecible y peligrosa como ella. Ahora tenía una vida tranquila. Una sin sobresaltos, a excepción de esta noche, que me gustaba bastante

A pesar de que intentaba ir de dura, era evidente que Summer estaba agotada. No podía culparla, porque yo también estaba hecho polvo. E incluso había fingido tropezarse para obligarme a descansar.

¿Quién eres, Summer? ¿Qué haces aquí?

Deseché aquella curiosidad que me hacía querer saberlo todo de ella. No tenía ningún sentido. Las mujeres como ella ni siquiera me gustaban. Chicas de ciudad que hacían la ruta 66 y paraban en el pueblo para tomarse unas copas y hacer turismo rural. Pero ella había llegado sola y pensaba instalarse en La herradura. Qué disparate. Seguro que no duraba ni un suspiro en aquel lugar.

Pasó por mi lado y se detuvo delante de un enorme saguaro que era más alto que ella. Me sorprendió que lo observara todo con tanta curiosidad. La mayoría de la gente desdeñaba el desierto y solo iba a El gran cañón a tomarse la foto de rigor.

—No sabía que podían ser tan altos... —comentó maravillada.

—Pueden llegar a medir hasta quince metros y vivir hasta los dos mil años.

—Qué pasada.

Noté que comenzaba a tiritar y se abrazaba a sí misma para retener el calor. No pude evitar echarle un vistazo a sus piernas infinitas cuando me adelantó. Un ramalazo de deseo me recorrió todo el cuerpo y reprimí el impulso de besarla de nuevo. No había estado mal. De hecho, había estado demasiado bien. Su boca suave, su cintura estrecha... quizá lo había disfrutado tanto porque llevaba mucho tiempo sin acostarme con una mujer. Ya le pondría remedio otro día.

—¿Tienes frío?

—Ahórrate un comentario de los tuyos —se enjugó la voz y dijo con tono masculino—: No vienes preparada para el desierto, ¿a dónde creías que venías?

Fruncí el ceño. Yo no hablaba así, ¿no?

Me quité la camisa que llevaba encima de la camiseta y se la tendí.

—Toma.

Ella la miró como si fuese una especie de trampa. Mierda. Puede que me hubiese pasado siendo tan duro.

—Vamos, cógela. Estás temblando.

—¿Y tú? —seguía recelando.

—Estoy bien.

Dudó unos segundos antes de aceptar la prenda. Suspiró aliviada cuando se la puso. Iba de dura, pero no era quién para culparla. Le quedaba enorme.

—¿De qué te ríes? —preguntó ceñuda.

—Te queda algo grande.

Ella se remangó. La camisa le llegaba hasta las rodillas. Sospechaba que era la clase de mujer que no era consciente de su belleza. Porque Summer era preciosa. Ojos almendrados, rostro dulce, labios carnosos, menuda, rubia y con unas piernas larguísimas. Incluso cubierta de polvo tenía su encanto.

—¿Cuánto mides?

No era la primera vez que me hacían esa pregunta. Aunque ya no me observaba con aquella expresión desconfiada, sabía de sobra que no le gustaba. Entendía la imagen que proyectaba en los demás: tipo enorme, barbudo y rudo. Seguro que a ella le iban los hombres con traje y corbata, afeitados y que olían a Hugo Boss. No volvería a besarla, eso lo tenía claro.

—Un metro noventa y siete.

—Ah.

La miré de reojo. ¿Qué diablos significaba ese ah?

—¿Y tú? —le devolví la pregunta, por romper el hielo.

—Un poquito menos —bromeó, y noté que intentaba sonreír a pesar de nuestras circunstancias—. Un metro sesenta y uno.

—Nada mal. Estás en la media.

—Lo mismo me compro una de esas botas de cowboy con un poco de tacón —me guiñó un ojo—. Así pareceré más alta y dura. Y tengo que aprender a disparar.

—Casi le volaste la cabeza a ese malnacido.

Se mordió el labio y me miró avergonzada.

—Le estaba apuntando a los pies.

Intenté no reírme.

—Creí que no te gustaban las armas.

—Oh, y no me gustan. Pero pienso estar preparada la próxima vez que alguien me secuestre... —lo dijo completamente en serio.

A pesar de mi primera impresión, no era de las que se ponían a lloriquear. Por lo visto, se crecía ante las adversidades. ¿De dónde había salido y qué hacía aquí?

—No te hagas ilusiones. En realidad, este es un sitio muy tranquilo. Casi nunca pasa nada.

—Mejor —respondió aliviada—. La idea de disparar tampoco me emocionaba demasiado.

—Quizá te aburras. Para alguien de ciudad puede ser... monótono.

Estudí su reacción. Frunció los labios y arrugó la nariz. No le gustaba que la infravalorasen.

—Oh, ¡pobre de mí! ¡Ya no podré salir de fiesta ni ir de compras! ¡Soy tan desgraciada!

—Muy bien, lo pillo.

Summer dejó escapar un pequeño grito de emoción cuando vio a una ardilla. Se agachó para observarla de cerca y extendió el brazo. Le agarré la muñeca para detenerla y ella puso cara de dolor. Mierda, ¿por qué cojones no era capaz de medir mi fuerza?

—No la toques.

—¿Por qué no? Es tan mona...

—¿Mona? Es un animal salvaje. Está acostumbrada a sobrevivir en estas condiciones.

—Me sigue pareciendo adorable.

Tiré de ella cuando hizo el amago de acariciarla. Joder, esta mujer no era consciente de los peligros del desierto. Puede que tuviera voluntad, pero le faltaba juicio, conocimientos, experiencia...

—Dejará de parecértelo cuando te muerda y te contagie alguna enfermedad.

—¿Por qué iba a morderme?

—¡Porque es un animal! —exclamé exasperado.

—Oye, no me hables así, cowboy.

—No me llames cowboy.

—¿Por qué no?

—Uf, porque...

No me dio tiempo a terminar la frase. De repente, algo se lanzó en picado sobre nosotros. Tuve el tiempo justo de tirarme sobre Summer para cubrirla con mi cuerpo. Estaba helada y muy delgada. Sus pequeñas manos se aferraron contra mi pecho y aquel contacto no estuvo nada mal. Un segundo después, comprendí que me estaba golpeando para que me quitara de encima. Lo que se había abalanzado sobre nosotros era un águila que acababa de cazar a la ardilla.

—¡Quita! —me ordenó desesperada—. ¡Noooooo! ¡Déjala en paz! ¡Pajarraco asqueroso!

—¿Qué pretendes?

Pesaba tan poco que la agarré de la cintura y la levanté sin esfuerzo. Me arrepentí al instante. Summer se quitó una sandalia y corrió hacia el águila, que comenzó a levantar el vuelo. Decidido: era una pirada.

—¡Suéltala! ¡Eh! ¡Déjala en paz!

Explicarle que lo que acababa de suceder formaba parte de la cadena alimentaria no habría servido de nada. Así que observé con los ojos abiertos de par en par que se encaramaba a la roca más alta y lanzaba la sandalia hacia el águila. Con la pistola no tenía puntería, pero con la sandalia acertó de pleno. El águila cambió el rumbo, se acercó hacia nosotros y dejó caer a la

ardilla sobre un matorral. A Summer la sonrisa le duró un segundo, porque al siguiente se tiró de la roca justo cuando el águila cayó en picado sobre ella. Se libró por los pelos. El águila emprendió el vuelo aferrando con las garras su nueva presa: la sandalia.

—¿Summer?

—¡Ay!

Fui a ayudarla cuando comprendí que le costaba ponerse en pie. Apoyó el tobillo sobre el suelo y esbozó un gesto de dolor. Genial, se había hecho daño.

—¡Te has hecho daño!

—Estoy perfectamente.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué pretendías? Es el ciclo animal y esto el maldito desierto, no una puñetera película Disney. ¿Qué será lo próximo? ¿Hacerle el boca a boca a una serpiente?

—Tal vez. Puede que tengas razón y haya perdido el juicio. Quizá he venido a parar aquí porque no me quedaba nada que perder. Pero ¿sabes qué? ¡Estoy harta! ¡Cansada de que sean los más débiles los que siempre salgan mal parados! —alzó la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas. No entendía nada—. ¡No es justo! El pez grande siempre se come al pequeño. ¿Qué oportunidades le quedan al pececito? ¡Eh! ¿Acaso no tiene derecho a intentar cambiar sus circunstancias? ¿A creer que se merece que le salgan las cosas bien? Sí, estoy loca. ¿Qué pasa?

Su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Tenía el cabello enmarañado, el rostro colorado y los ojos vidriosos. No me atreví a decir nada y continué la marcha. Lo mismo me abofeteaba con la sandalia que le quedaba. Ella me siguió en silencio. Cojeaba y le faltaba un zapato.

—Estás muy delgada.

—Cuando no tienes nada amable que decir, mejor no digas nada.

—Te falta un zapato.

—Para lo que me servía...

—No vas a poder continuar así.

—Claro que sí. Sigue andando, voy detrás.

—No tiene ningún sentido —empecé a mosquearme—. Vas a sufrir un accidente. Te has hecho daño en el pie, vas descalza.

Me siguió con la cabeza alta. Arrastraba el pie derecho. Era más terca que una mula. Metió el pie entre dos piedras y estuvo a punto de perder el equilibrio. Apreté la mandíbula. ¿Qué había hecho yo para merecer esto?

—¡Te vas a matar!

—Cállate, Connor.

Ni siquiera me lo pensé. Retrocedí, me agaché y la cargué como un saco antes de que pudiera reaccionar. Cuando lo hizo, comenzó a gritar como una posesa.

Este sheriff no tiene vergüenza

Summer

Lo reconozco: me había pillado desprevenida. Tampoco tenía nada que hacer contra aquella mole de metro noventa y siete que me cargaba como si fuera una pluma. ¡Por segunda vez! Qué desfachatez. ¿Acaso no tenía pudor? ¿Decencia? ¿Respeto por la distancia ajena? Le apreté sin querer el brazo. Uy, madre mía, vaya bíceps. Estaba cuadrado. Seguro que iba al gimnasio.

No, para. Céntrate en lo importante.

—¿Quién te crees que eres? —grité hecha una furia—. ¡Bájame ahora mismo! ¡Animal! ¡Sinvergüenza!

—Sigue gritando y advierte de nuestra posición a los hermanos Hardin...

Bajé la voz, pero seguí quejándome. Le golpeé la espalda con los puños. Ni se inmutó. Era como aquel boxeador ruso que luchó contra Rocky Balboa. Me sentí impotente. Y... por el amor de Dios, su abdomen era una roca.

Para. Ya. No es momento para pensamientos libidinosos.

—Pienso poner una queja en la oficina del sheriff —le advertí.

—Llegará a mí y la tiraré a la basura.

—Te crees que puedes hacer lo que te venga en gana, eh, grandullón...

—¿Grandullón? Entiendo que lo de cowboy es cosa del pasado.

—¡Gigante asqueroso! Piensas que puedes salirte con la tuya porque mides dos metros y eres más fuerte que yo.

—Un metro noventa y siete —me corrigió con suficiencia.

—Te odio —siseé.

—Cariño, es recíproco.

—No me llames así.

Pateé con todas mis fuerzas y seguí golpeándolo con los puños. Me negaba a ser cargada como si fuera una damisela en apuros. Además, él tampoco estaba en plena forma. Lo supe cuando comenzó a resollar y le fallaron las fuerzas. Aproveché su debilidad para arrearle una patada en los cataplínes. Se cayó de rodillas y conseguí liberarme. Él me miró con ira apenas contenida y me llevé las manos a la boca. A ver... para ser sincera no había sido mi intención. Yo solo le había dado donde había alcanzado.

—Uy...

Comencé a preocuparme cuando se dobló de dolor y le faltó el aire. Vale, me había pasado tres pueblos. Tenía entendido que golpear a un hombre en sus partes nobles le producía un dolor insostenible. Fui a acercarme a él, pero me detuve cuando me lanzó una mirada furiosa. Mejor me

quedaba donde estaba.

—¿Estás... bien? —pregunté asustada.

—¿A ti qué te parece? —gruñó, más cabreado de lo que lo había visto en esas horas.

—Que no —dije con un hilo de voz—. Pero tú te lo has buscado. ¿De qué vas? No vuelvas a cargarme.

—¡Quería ayudarte! Y descuida, no volverá a suceder. Por mí como si te vas arrastrando todo el camino.

Me acerqué a él poco a poco. Me advirtió con la mirada que no lo hiciera, pero a pesar de su aspecto amenazador y de su expresión furiosa, tenía la impresión de que no era un hombre peligroso. Me atreví a dar dos pasos y puse cara de pena.

—Lo siento mucho.

—Nada, tranquila. Ya me siento mejor —respondió con ironía.

Le puse una mano sobre el hombro.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?

—¿Me quieres dar un masaje?

Bajé la vista hacia su entrepierna y me sobresalté. Qué cochino.

—No te lo tendré en cuenta porque me he portado fatal contigo.

—Al menos lo admites —dijo entre dientes—. Sí que puedes hacer algo por mí. Comportarte como una persona normal.

—Soy una persona normal.

—No salvar a otro animalito indefenso.

—No prometo nada.

—¿No arrojar el zapato a un águila?

—Concedido.

Se puso en pie con dificultad. No sé qué le dolía más, si el orgullo o...

Se le escapó un gruñido cuando comenzó a caminar. Lo miré preocupada. Vaya par. Él estaba hecho un cuadro. El tobillo me ardía.

—Descansemos un rato.

—Ni hablar. Tengo la impresión de que nos siguen la pista.

—¿Tú crees? —me asusté.

Asintió muy serio, se enderezó con toda la dignidad que le quedaba y reemprendió la marcha. Lo observé impresionada. Chuck Norris a su lado se quedaba en pañales.

Los cinco kilómetros más largos de mi vida. Supongo que el hecho de arrastrar un pie descalzo por mitad del desierto tampoco ayudaba. Sospechaba que tenía un esguince, y Connor, a mi lado,

no tenía mejor aspecto. Tenía una mano en las costillas y respiraba con dificultad.

—¿Te sigue doliendo?

—No saques el tema.

Cerré el pico. Era evidente que no sentía mucha simpatía por mí. Había dicho que estaba muy delgada y no le faltaba razón. En los últimos tres meses apenas había probado bocado. Tenía el ánimo y la autoestima por los suelos. Me embargaba una sensación de fracaso absoluto por todo. En el terreno amoroso, laboral... Así que la oferta de la bisabuela llegó como un rayo de sol después de una larga tormenta. La Herradura, un rancho paradisíaco en un bucólico pueblo de Arizona. ¿Por qué no? Daría rienda suelta a mi creatividad, iniciaría mi propio negocio y me probaría a mí misma que no era una completa inútil.

Pero por mi culpa nos habían secuestrado y vagábamos por el desierto. Ni siquiera sabía conducir un jeep sin estrellarlo. Connor tenía razón, no pintaba nada en aquel lugar. Era un imán para las catástrofes. O peor, la calamidad en persona.

—¿Te pasa algo?

—No —musité cabizbaja.

—Me temo que eres de esas personas que cuando se callan es porque algo va mal.

—Da igual, no es plan de atosigarte con mis problemas. Ya te he molestado bastante.

—Nos quedan un par de kilómetros y vamos a paso de tortuga. No tengo nada mejor que hacer que escucharte.

—Oh, qué galante. En ese caso seré tu distracción.

Lo miré de reojo y vi que sonreía. No estaba mal cuando lo hacía. De hecho, era bastante atractivo. Si se recortase la barba un par de dedos ganaría muchísimo.

—Te encanta discutir.

Fui a decirle que eso no era cierto, pero me contuve a tiempo. Si le contestaba le estaría dando la razón.

—Es lo mínimo que puedes hacer después de haberme dado una patada en la entrepierna.

Resoplé. Eso era jugar sucio.

—Es una tontería. Me da un poquito de miedo llegar a La herradura y darme cuenta de que no seré capaz de manejar la situación. Temó decepcionar a mi familia, pero sobre todo, me da pánico volver a decepcionarme a mí misma. Esta vez no lo soportaría.

—Creo que serás capaz de soportar cualquier cosa si sobrevivimos a este día.

—No intentes animarme. Sé que piensas que soy una intrusa.

—Pienso que eres rara.

Rara, loca, especial... me habían llamado muchas cosas durante toda mi vida. Demasiado excéntrica para uno de mis novios. Exageradamente sentimental para otro. Una desquiciada a la que le falta un tornillo, etc.

—Solo alguien raro me tomaría por un secuestrador, asesino y violador.

—Yo no...

—O fingiría estar al borde de la muerte para escapar de unos criminales.

Esbocé una tímida sonrisa. Estaba intentado animarme a su modo. No era un mal tipo. Por eso me había cogido en brazos, para echarme un cable. Incluso llevaba su camisa. Y, para mi sorpresa, olía muy bien. Quizá lo había juzgado a la ligera.

—O le lanzaría una sandalia a un águila para salvar a una ardilla... Sí, supongo que eres rara. Las personas raras son excepcionales. Ser la oveja descarriada es más difícil que seguir al rebaño.

—Me vas a sacar los colores.

—Qué va. No me has dejado acabar. Quería decir que estás loca y no tienes remedio.

—¡Ey! —le di un codazo. Los dos nos reímos—. La culpa de mi primera impresión la tuvo la barba.

—¿No te gusta?

Lo miré a los ojos sin vacilar. Me costaba pillarle el punto. ¿Estaba flirteando conmigo? Me había besado, pero quizá había sido por la emoción del momento. Éramos como el agua y el aceite. Y, sin embargo, había algo en él que me atraía como la miel al oso. Me confundí con las chispas de sus ojos y le miré la boca sin poder remediarlo. Tragué con dificultad y aparté la mirada. Se me estaba nublando el juicio.

—Creo que me hace varonil.

—No lo necesitas. Ya eres muy hombre.

Oh, ¡mierda! ¿Acababa de decirle esa barbaridad? Qué corte. Con todos ustedes, Summer Philips, experta en hacer el ridículo. Connor me devolvió una mirada divertida y halagada. Ay... Dios... ¡ahora creía que estaba ligando con él!

—Yo... no... es decir, ya sabes, con tu envergadura y todo eso, no la necesitas —intenté arreglarlo.

—Pero ¿te gusta o no? —insistió con tono socarrón.

—Pues...

Me cogió la barbilla con dos dedos y me obligó a mirarlo. Mi corazón se saltó un latido cuando me fundí con aquellos ojos oscuros. Le mantuve la mirada como pude.

—Ya sé. Te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir. Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. De repente conoces a un hombre, en mitad del desierto, que te rompe los esquemas.

Me puse roja de ira y vergüenza.

—¿De qué hablas? ¿Qué hombre es ese? ¡Preséntamelo!

Se partió de risa y le di un empujón.

—Estaba bromeando.

—No entiendo tu sentido del humor, ¿aquí sois todos igual?

—Soy único —respondió con chulería—. Vaya, por la cara que has puesto diría que he dado en el

clavo.

Bufé. Esta vez no iba a dejarme en evidencia.

—Mi tipo de hombre es más educado y menos zafio.

Se le cambió la expresión. Ja, ya no sería tanto.

—Lo mismo te vuelvo a besar para demostrarte que nunca has conocido a un hombre como yo.

—Atrévete.

Enarcó una ceja. No se lo esperaba.

—No quiero que te hagas ilusiones.

—Las ilusiones te las vas a hacer tú.

—Como quieras.

Me puse nerviosa cuando comprendí que lo decía en serio. Me temblaron las piernas y di un paso hacia atrás, pero él me rodeó la cintura con un brazo y clavó la mirada hambrienta en mi boca. Su mano libre se posó en mi nuca y acercó sus labios a los míos sin dejar de mirarme. Mi pulso se disparó cuando su respiración me acarició la boca.

—Estás a tiempo de echarte atrás.

—Ni muerta.

Connor me acercó a él y acarició mis labios con suavidad. Me estremecí por completo e intenté prepararme para un beso que sabía que incendiaría todo mi cuerpo. Cerré los ojos y entreabrí los labios. Entonces, algo me mordió el tobillo. Un agudo dolor me arrancó un grito y el sheriff se apartó creyendo que lo estaba rechazando.

—¡Aaaaah! —sacudí la pierna intentando quitarme de encima al enorme lagarto que tenía los dientes clavados en mi tobillo.

—No te muevas —me ordenó Connor—. Vas a empeorarlo.

Intenté hacerle caso y apreté los puños. Connor agarró con un brazo al lagarto y con el otro le abrió la mandíbula. Se me escapó otro grito cuando forcejeó con el bicho hasta que consiguió quitármelo de encima. Esquivó sus mordiscos y lo dejó cerca de un matorral. Estuve a punto de desmayarme de dolor, pero Connor corrió a sujetarme.

—¿Qué era eso? —pregunté con los ojos vidriosos.

—Un monstruo de Gila. Tranquila, suena peor de lo que es —intentó tranquilizarme al ver mi expresión—. Siéntate. ¿Te duele?

Asentí mientras me dejaba caer en el suelo con su ayuda. El tobillo tenía la marca de la dentadura del lagarto y la herida me sangraba bastante. Estaba empezando a adquirir un tono violáceo que tenía mala pinta.

—¿No... será venenoso? —me temí.

—Voy a hacerte un torniquete. Ya queda poco para llegar a nuestro destino. Tranquila, puedo cargarte. A no ser que sigas teniendo inconvenientes.

—No —gemí, porque no me quedaba otro remedio. Entonces reparé en que no había respondido a mi pregunta—. Ay, madre, ¡es venenoso! ¿A qué sí?

—A veces —dijo sin entrar en detalles.

Improvisó un torniquete con un pañuelo de tela y se agachó para cargarme. Le rodeé el cuello con los brazos y ahogué un suspiro. No era momento de idealizar aquel acercamiento obligado por las circunstancias.

—¿Te duele?

—Muchísimo —le fui sincera, porque no me apetecía hacerme la dura—. ¿Voy a morir?

—¿Qué? No —ensanchó una sonrisa y tuvo ganas de pegarle—. Como mucho te quedarás coja, o quizá pierdas la pierna, pero tanto como morirte...

Lo miré horrorizada y él se echó a reír. Lo golpeé en el pecho. No tenía ninguna gracia.

—¡Eres lo peor!

—¿Te sientes débil o mareada?

—No.

—Es buena señal. Probablemente no te haya inyectado el veneno.

—Pero sangra mucho.

—Se debe al efecto desgarrador de su mordedura. Mi amigo tiene un botiquín. Te recuperarás en cuanto llegemos.

—¿Y si me ha inyectado el veneno? —me puse en lo peor.

—Uhm... en ese caso... —su expresión se endureció—. Tendrás que esperar para morirte. Todavía no te he besado.

Lo fulminé con la mirada.

—Supongo que la placa de sheriff la ganaste en una tómbola.

Como respuesta se echó a reír. Me agarré a él cuando nos adentramos por un camino repleto de desnivel. A decir verdad, me sentía completamente segura en sus brazos. Qué ridiculez. Me separaría de él en cuanto me curase la herida. Era evidente que el día de hoy me estaba pasando factura. Un catorce de febrero de lo más surrealista. Pareció leerme la mente.

—Apuesto a que no esperabas pasar San Valentín con alguien como yo.

—Esperaba pasarlo sola y deshaciendo la maleta. ¿Y tú?

Hasta entonces no me lo había planteado, pero tal vez tuviera pareja. Mujer. O una amante.

—Nada especial.

—¿No te gusta este día?

No respondió, pero por la cara que puso, supuse que no.

—A mí tampoco.

—No he dicho que no me guste.

—Tampoco has dicho lo contrario...

No dijo nada. A lo lejos divisé una casa. Respiré aliviada cuando él aceleró el paso.

—Mal de amores. ¿Por eso has venido hasta aquí? ¿Para olvidar a alguien?

Su tono burlón no me gustó en absoluto.

—¿También tienes un problema con eso?

—Has venido al sitio indicado si lo que quieres es estar sola y pasar página. Pocos candidatos donde elegir, un rancho alejado del pueblo... un sitio ideal para desconectar.

Me di cuenta de que no me tomaba en serio. Me veía como la clase de idiota que se largaba a un sitio abandonado solo para pasar página. A ver, no era del todo mentira. Pero, además, había llegado allí para montar un negocio.

—No he venido a desconectar.

—Vale.

—Si no vas a tomarme en serio, será mejor que cierres la boca.

—¿Qué he dicho ahora?

—No es solo lo que dices, sino el cómo lo haces. Con ese tono de superioridad moral de cowboy de este desierto que no está hecho para alguien como yo. Ponme en el suelo. Apenas me duele.

—Oh, por qué será que no te tomo en serio si es evidente que estás hecha para el trabajo duro.

—Crees que voy a rendirme.

No dijo nada.

—Te agradecería que me devolvieras a tierra firme.

—Deja de hacerte la dura.

—Deja tú de ser tan...

Un disparo me impidió acabar la frase. Los hermanos Hardin nos habían encontrado y corrían hacia nosotros.

—Mierda —dijimos a la vez.

Una película de vaqueros

Connor

Eché a correr como alma que lleva el diablo cuando el primer disparo me rozó la oreja. El segundo impactó a escasos centímetros de mi bota izquierda. El tercero pasó muy cerca del rostro de Summer, que abrió los ojos como platos. Luego ocultó el rostro en mi pecho y tembló como un pajarillo asustado.

—¡Fuera de mi propiedad! —gritó Randall.

Respiré aliviado en cuanto lo vi. Mi viejo amigo llevaba una escopeta en las manos y apuntaba en dirección a los hermanos Hardin. No se lo pensó dos veces antes de contratacar. Conseguimos entrar en la casa entre una ráfaga de balas de la que salimos milagrosamente ilesos. Randall cerró la puerta y me observó con mala cara.

—¡Por todos los dioses, chico! ¿Has traído hasta aquí a los Hardin?

—Una larga historia —respondí, porque no era el momento de entrar en detalles. Dejé a Summer sobre el sofá y fui directo hacia el teléfono de la pared—. Voy a llamar a los refuerzos.

—No hay cobertura. Hace meses que la línea está estropeada.

Ni siquiera sé de qué me extrañaba. Si había alguien más ermitaño que yo, ese era Randall. Desde que se jubiló vivía en su vieja casa en mitad del desierto e iba un par de veces al mes al pueblo en busca de provisiones. Decía que se había jubilado del trabajo y la vida en sociedad.

—Mierda, Randall, ¿y si te da un infarto? ¿Cómo vas a avisar a la ambulancia?

—De algo hay que morir... —se dirigió hacia un armario y me entregó una pistola—. Solo nosotros, como en los viejos tiempos. Salgamos a darles su merecido.

—Esto... ¿es una especie de broma? —preguntó asombrada Summer.

—No me has presentado a tu amiga.

—Demasiado tarde para las presentaciones. Tú me cubres.

—¿Por qué yo?

—Porque yo soy el sheriff.

—¿Insinúas que estoy viejo?

Preferí no contestar a eso. Summer intentó levantarse, pero en cuanto apoyó el pie en el suelo gimí de dolor.

—¡No podéis salir ahí fuera! Esto no es una película de vaqueros, ¿os habéis vuelto locos?

—Dile a tu preciosa amiguita que no voy a quedarme de brazos cruzados mientras esos malnacidos acribillan mi casa.

Summer se puso roja de ira e intentó levantarse de nuevo.

—Oiga, señor, no le permito que...

Antes de que pudiera acabar la frase, Randall abrió la puerta y comenzó a disparar. Summer se cubrió el rostro con las manos y empezó a chillar. Aquel viejo chiflado conseguiría que nos matasen. Salí en su búsqueda con la intención de protegerlo de sí mismo.

—¡Connor!

—Quédate ahí —le ordené con frialdad.

Summer se hizo pequeñita y me observó con una mezcla de angustia y preocupación. Sentí un nudo en el estómago. Hacía demasiado tiempo que nadie me miraba así.

—Pero...

—Volveré. Lo prometo.

Fue a decir algo más, pero le di la espalda y corrí en dirección a la puerta. Fuera había una batalla de pólvora que no había hecho más que empezar.

Summer se llevó la mano al corazón cuando me vio aparecer. No sé cuánto tiempo había pasado, pero ella estaba pálida y visiblemente asustada. Respiró aliviada y me dedicó una sonrisa débil.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y tu amigo?

Randall apareció en ese momento con los hermanos Hardin esposados. Thomas tenía una herida de bala en la pierna y su hermano se había rendido después de aquello. Un tipo listo y lento.

—Ay... Dios...

—La sangre puede ser muy escandalosa —le resté importancia.

—Ese hombre necesita una ambulancia —musitó Summer.

La miré sorprendido. ¿De verdad se preocupaba por el tipo que la había secuestrado? O tenía demasiado buen corazón o era una idiota. Decidí que lo primero.

—Aquí no hay línea telefónica, y de todos modos, la primera ambulancia llegaría dentro de una hora.

—Necesita atención médica urgente.

—Él se lo ha buscado.

Ella me miró alarmada, pero me mantuve impasible. ¿Qué pretendía? No iba a sentirme culpable por haber disparado a un tipejo como aquel.

—Pero... es inhumano —insistió con los ojos vidriosos—. No podemos...

Randall me puso una mano sobre el hombro.

—Me causan la misma simpatía que a ti, pero la chica tiene razón. No somos como ellos.

—Puedo limpiarle la herida y vendarla. Será suficiente hasta que lo atienda un médico —se

ofreció Summer.

Tirado en el suelo, Thomas Hardin se retorció de dolor y su hermano le taponaba la herida sin dejar de llorar. Aparté la mirada y apreté los labios. Incluso en ese estado no dejaba de ser un hombre peligroso. No permitiría que ella se acercara a él.

—No.

—¿Cómo? —ella se puso de pie y caminó cojeando hacia mí—. Porque tú lo digas. Nadie va a impedirme que preste auxilio a ese hombre herido. Ni siquiera tú, cowboy.

A Randall se le escapó la risa floja.

—Tiene carácter, no la intimidas.

Me acerqué hasta Thomas y lo apunté con la pistola.

—Como intentes algo, le hables, la mires u oses ponerle una mano encima, la próxima bala irá directa a tu cabeza.

—No creo que sea necesario amenazar a un hombre malherido —me censuró Summer.

Apreté los dientes. Qué mujer tan insufrible. ¿No se daba cuenta de que intentaba protegerla?

Randall le pasó el botiquín y Summer se arrodilló a los pies de Thomas. Contemplé anonadado que hablaba con amabilidad y ternura al mismo hombre que la había secuestrado y apuntado con un arma. ¿Era consciente de que aquel tipejo le habría hecho cosas horribles? No entendía cómo podía mostrar tanta empatía. Sentí una mezcla de furia y desconcierto. Summer era un completo misterio.

—No tan cerca.

Ella bufó.

—¿Y cómo pretendes que lo cure?

—No le hables. No es un angelito, ¿o ya se te ha olvidado?

—No —respondió con tirantez—. Pero es un ser humano que merece que lo traten con dignidad.

La observé sin dar crédito. Era tonta. Joder, era demasiado buena. Y aquello me cabreó. Cuando terminó, intentó levantarse y se tambaleó. La agarré del brazo y nos quedamos muy cerca. Ella me miró con una mezcla de seriedad y turbación. ¿Le repugnaba mi aspecto? Le ofrecí mi hombro para que pudiera llegar hasta el sofá.

—Mi turno. Voy a mirarte ese tobillo.

—Puedo hacerlo yo.

—Insisto.

—¿Me vas a regañar mientras me curas? Porque en ese caso puedes ahorrarte el papel de médico. La pistola te queda mejor.

—Y tú calladita estás más guapa.

Me fulminó con la mirada y reprimí una sonrisa. Qué cosas. Podía ser un encanto con un criminal, y una fierecilla con el hombre que le había salvado la vida. Y, sin embargo, algo en todo aquello

sacó mi instinto más animal. Hacía mucho tiempo que no sentía nada en absoluto, y esta noche, por el contrario, me sentí más vivo que nunca. Supongo que el tiroteo me había afectado el cerebro.

—Lo de ser simpático lo dejamos por imposible, ¿no?

Se dejó caer en el sofá con un suspiro ronco. Me quedé mirando embobado aquellas piernas largas y ella no pareció darse cuenta. Aparté la cabeza con brusquedad cuando ella me miró.

—Buenas noticias. Sobrevivirás.

Puso los ojos en blanco.

El médico y la enfermera

Summer

Estábamos en una salita apartada mientras Randall vigilaba a los hermanos Hardin. Aunque después de lo sucedido, no estaban en condiciones de contratacar. No entendía por qué el sheriff tenía que ser tan obtuso. Sí, eran unos criminales. Pero también dos seres humanos que merecían ser tratados con dignidad. Ahora él creía que además de ser una inútil también era una estúpida por apiadarme de aquellos dos. En fin.

—¡Ay —se me saltaron las lágrimas en cuanto me puso la mano encima— ¿Podrías ser menos bruto?

—Te estoy desinfectando la herida —respondió con sequedad.

—Pues avisa cuando... ¡aaaah!

Le apreté la mano libre cuando volvió a la carga. Sabía que no era culpa suya, pero me fastidiaba que no fuera capaz de tener un poco de tacto. La herida me escocía una barbaridad. Aparté mi mano de la suya cuando me di cuenta de que me miraba confundido.

—Perdona. Sigue.

—Puedes cogerme la mano si así te sientes mejor.

—¿Y por qué iba a sentirme mejor?

—Yo qué sé.

—Vale —musité avergonzada, al darme cuenta de que no estaba siendo del todo justa.

Le apreté la mano cuando siguió limpiándose la herida, y la verdad es que aquello me hizo olvidarme un poco del dolor. No se quejó a pesar de que le clavé las uñas. Connor tenía una mano enorme y calluda. Respiré aliviada al ver que la herida iba perdiendo aquel tono violáceo tan preocupante. En su lugar solo quedaban las marcas de los colmillos del lagarto.

—No te quedará cicatriz. Ni siquiera será necesario que te den puntos.

—Ni lo había pensado.

—Sería una pena con unas piernas tan bonitas.

Los dos nos quedamos sorprendidos por lo que dijo. Me ruboricé sin poder evitarlo y él arrugó la frente, como si estuviera arrepentido de lo que acababa de decir.

—¿Te gustan mis piernas?

—No están mal.

Me desinflé como un globo. Vaya chasco.

—No voy a saltar a tus brazos porque me hayas hecho un cumplido. Puedes estar tranquilo.

—No era mi intención hacerte un cumplido —replicó ofuscado—. Solo pretendía ser amable.

—Ah.

Me sentí tan estúpida que solté su mano y clavé la vista en el techo. Pues claro, ¿qué iba a ver un hombre como él en alguien como yo? Además, tampoco me importaba. No era mi tipo, y mi intención era estar una larga temporada sola. Tal vez para siempre.

—Disculpa.

—¿Eh?

Buscó mi mirada y se la devolvió de mala gana. Connor parecía luchar consigo mismo para saber qué decir.

—No pretendía ser grosero.

—¿No pretendías hacerme un cumplido o no pretendías herir mis sentimientos? Caray, cowboy, no hay quien te entienda.

Me miró confundido hasta que dejó escapar una sonrisa arrebatadora. Intenté resistirme y me crucé de brazos. Era jodidamente atractivo cuando sonreía de aquella manera despreocupada. Demasiado masculino. Demasiado grande. Demasiado... todo.

—Lo que dije de tus piernas era la pura verdad. No sé por qué lo retiré, pero lo mantengo a no ser que tengas algún problema en recibir un cumplido.

Lo miré extrañada.

—No lo tengo.

—Me cuesta encontrar las palabras adecuadas contigo.

Mi corazón se saltó un latido. Me di cuenta de que estaba conteniendo el aire y lo dejé escapar. Ay... madre mía... seguro que el monstruo de gila me había inyectado veneno. No había otra explicación para lo que empezaba a sentir. De repente mis sentimientos se me antojaron de los más confusos. ¿El sheriff y yo? Ni por asomo.

—¿Estás seguro de que no me ha inyectado veneno?

—Segurísimo.

—¿No me voy a morir?

Connor intentó mantenerse serio.

—No.

—Menos mal... aún no he conocido a Bradley Cooper.

—¿Estás esquivando lo que acabo de decir? —fue directo al grano.

Vaya con el sheriff. Cuando le daba la gana podía ser muy directo. Puse cara de inocencia y me encogí de hombros. No volveríamos a vernos en cuanto nuestros caminos se separasen.

—No sé a qué te refieres. ¿No deberías vendarme la herida?

—¿Es una excusa para que te ponga las manos encima?

—¡Ay, no me hagas reír!

Connor cogió un paquete de vendas y me puso la mano en la pantorrilla. Di un respingo y le lancé

una mirada airada.

—¿Qué haces?

—Vendarte el tobillo, no te hagas ilusiones.

—Ni por asomo.

Volvió a sonreír. Bufé. Me sobresalté sin poder remediarlo cuando sus manos me rozaron la piel para vendarme la herida. No me tocaba más de lo necesario, pero me estremecía por completo. O estaba muy desesperada o había perdido el juicio. Me di cuenta de que tenía el pulso acelerado y maldije para mis adentros. Aquello no estaba bien y, sin embargo, me abrumaba la delicadeza que estaba mostrando.

—Ya está. Se acabó lo de jugar a los médicos —dijo, poniéndose en pie.

—Un momento.

Lo agarré del brazo cuando intentó escapar.

—Ahora te toca sufrir a ti. Deja que te mire esas heridas.

—Estoy bien.

—A ver... señor orgulloso, ¿de qué tienes miedo?

Acercó su rostro al mío y me tembló todo el cuerpo. Creo que él lo notó por la sonrisa socarrona que esgrimió.

—¿No será una treta para verme sin camiseta?

—¿No intentarás escaquearte porque en el fondo eres un blandengue? —contrataqué sin dejarme amilanar.

Connor frunció el ceño, se sentó en el sofá y se quitó la camiseta. Se me secó la garganta cuando vi aquella tableta de chocolate. Sus brazos eran musculosos y no había ni un gramo de grasa en aquel cuerpo. Él me miró con suficiencia, como si adivinara lo que estaba pensando. Intenté poner cara de indiferencia.

—Voy a ponerte hielo en ese moratón. Ahora vengo.

Un minuto después, regresé con una bolsa de guisantes congelados y la firme determinación de fingir que su anatomía no me interesaba. Pero, por todos los dioses, era el hombre más impresionante que había visto en toda mi vida. Intenté auscultar sus heridas con ojo clínico y no reparar en aquel cuerpo bronceado y musculoso que estaba hecho para pecar.

—¿Has terminado de mirar?

—Estaba comprobando que está todo bien.

—¿Y cuál es tu diagnóstico? —preguntó con tono provocador.

—Bah, nada del otro mundo. Los he visto mejores.

—Seguro... —respondió con chulería.

Apoyé la bolsa de guisantes contra el hematoma de sus costillas y él se sobresaltó. Me dedicó una mirada resentida y sonreí para mis adentros.

—Lo de ser enfermera no es lo tuyo —me recriminó con aspereza.

—Ay, cuánto lo siento, ¿he sido demasiado bruta? Como pensé que eras tan rudo y varonil...

—Con ese malnacido has tenido más tacto.

—Cualquiera diría que estás celoso...

—Puf.

—¿Quieres que te dé un besito para aliviar tu sufrimiento? —bromeé.

—No estaría mal.

La bolsa de guisantes se me resbaló de las manos cuando me di cuenta de que hablaba en serio.

—Como quieras —dije con falsa desgana.

Me incliné sobre él y le di un casto beso en la frente. Su cuerpo era una fuente de calor tan reconfortante que mantuve aquel beso durante más de lo debido. Cuando me separé de él, Connor tenía fuego en los ojos.

—¿Eso es todo? —gruñó.

—¿Tú lo habrías hecho mejor?

—Sí.

Me agarró por los hombros y me robó un beso que me dejó sin aliento. La bolsa de guisantes se me cayó al suelo. Fue como si todo encajara hasta encontrar la química perfecta. Desconcertante, sorprendente y tórrido. Antes de que pudiera ser consciente de lo que hacía, respondí al beso con una ferocidad que me dejó impresionada. Connor me besó de una manera salvaje, apasionada y ruda que me volvió loca. Como si yo le perteneciera y quisiera demostrármelo. Hasta que cortó el beso con brusquedad y se apartó de mí.

—Ya me siento mucho mejor.

Se puso de pie y salió de allí dejándome confundida, acalorada y sin entender absolutamente nada.

¿En qué estabas pensando?

Connor

¡Mierda!

Joder.

¿En qué diablos estaba pensando?, ¿por qué había vuelto a besarla?, ¿había perdido la cabeza? Ni yo me entendía. Se suponía que había tomado la determinación de mantenerme alejado de ella, no de besarla. Pero ¿qué diantres tenía aquella mujer que me hacía perder el juicio?

Unas piernas largas y una cara bonita nunca me habían impresionado tanto. De hecho, no era de los que se dejaban llevar por la belleza femenina. Sabía mantener la bragueta cerrada y darme un escaqueo esporádico cuando el cuerpo me lo pedía. ¿Era eso?, ¿cuánto hacía que no me acostaba con una mujer?, ¿seis meses? Tenía que ser eso, porque no era lógico. Summer me sacaba de mis casillas, era impredecible y no estaba hecha para mí. Ni para la vida en el desierto.

Además, me gustaba estar solo. Me encantaba. ¿Por qué me empeñaba en complicarme la vida con aquella mujer con la que no tenía nada en común? Quizá este catorce de febrero se me estaba haciendo eterno y empezaba a ver cosas donde no las había.

Has huido de ella. Te has largado como un cobarde después de besarla.

Sí, eso no podía negarlo. Me había dado cuenta de que no era capaz de controlarme y tuve que poner distancia. De lo contrario, la cosa habría ido a más.

Joder... qué ganas tenía de llegar a casa, darme una ducha y beber un par de cervezas. O tres.

—¿Dónde está tu amiga?

—Necesita descansar —respondí a Randall. Me di cuenta de cómo me miraba y puse mala cara —. No es mi amiga. La acabo de conocer.

—Una mujer un tanto especial, ¿no crees?

—Ya te he dicho que no la conozco.

—Sí, ya lo has dicho. También es muy atractiva, ¿no crees?

—Supongo —respondí con sequedad.

—Vamos, chico, no me vengas con esas. He visto cómo la miras. Ni siquiera dejabas que se acercara a ese delincuente.

—¡Tú lo has dicho! Es un delincuente —respondí exasperado.

—Maniatado y con un sheriff y otro jubilado apuntándole a la cabeza. No tenía muchas opciones.

—¿Qué quieres decir?

—Todo eso de estar solo... te entiendo, chico. Yo llevo solo más de cinco años desde que Mary murió. Pero envejecí a su lado, criamos a nuestros hijos y me jubilé. Es lo que me queda, pero tú eres demasiado joven para tirar la toalla.

—No sé a qué te refieres. Me va bien así.

Randall me puso una mano en el hombro y sacudió la cabeza.

—Deja de castigarte por lo que pasó.

—Randall... —me aparté de él y apreté los puños—. Ya basta.

—Las casualidades no existen, es el destino. Una mujer de la que no puedes despegarte aparece en tu vida ni más ni menos que el día de San Valentín. Vamos, chaval. Sabes de sobra que eso significa algo.

—¿Qué no puedo despegarme de ella? Ya veremos. Me voy a por el coche para llamar por teléfono. Se queda contigo.

Me di la vuelta y caminé con decisión hacia la puerta. ¿Qué no podía librarme de Summer? Le demostraría que se equivocaba. A partir de ahora nuestros caminos se separaban para siempre. Adiós, Summer Philips.

Cogí el picaporte y comencé a abrir la puerta.

—¡Eh, cowboy! ¿A dónde te crees que vas?

No tan deprisa, cowboy

Summer

—Te he hecho una pregunta —insistí furiosa.

No podía creérmelo. Primero me besaba y luego me dejaba tirada. Pero bueno, ¿de qué iba?

—Voy a por mi coche. Desde allí llamaré a los refuerzos para que vengan a detener a esos dos, y de paso enviaré a alguien para que te lleve hasta La herradura.

—Ni hablar —me interpuse entre la puerta y él y lo miré con determinación—. Voy contigo.

—¿Qué? —me miró como si fuese un grano en el culo—. No, de eso nada. Solo me retrasarías.

—Iré contigo aunque tenga que engancharme a tu pierna y me lleves arrastrando.

—No me pongas a prueba —me advirtió con una calma peligrosa.

—¡Uy, qué miedo! Estoy temblando. ¡Pero si te ibas a escaquear para no darme explicaciones! ¿De verdad te crees que me impresionas?

A lo lejos se escucharon las risas de los hermanos Hardin. Connor se puso tenso y les lanzó una mirada asesina.

—Voy a caballo. No podrás seguirme el ritmo. No tengo tiempo de darte lecciones de equitación.

—Sé montar a caballo.

Mi revelación lo dejó momentáneamente fuera de juego, pero se recompuso a los pocos segundos.

—Aunque así fuera, no puedes montar a caballo con ese tobillo.

—Sí que puedo.

—No.

Inflé los carrillos. Me tenía harta. ¿Quién era él para decirme lo que podía o no podía hacer?

—¡Pero tú sí puedes montar a caballo con el hombro destrozado y un hematoma en las costillas!

—Conozco mis límites —dijo sin despeinarse.

—¡Se me olvidaba que eres El Clint Eastwood de Arizona!

Se escucharon más risas. Randall nos observó divertido.

—Si ella está tan convencida, no le veo ningún problema. Tengo varios caballos.

Lo miré esperanzada. Connor apretó la mandíbula.

—Gracias por tu ayuda, Randall.

—¿Lo ves? Puedo ir.

—Deberías quedarte aquí y descansar.

—Y tú no deberías darme órdenes porque no eres mi padre. Pienso ir hasta el coche, recoger mis

pertenencias y continuar mi camino, te guste o no. Puedo ir yo sola y perderme, o puedo acompañarte. Tú decides.

Connor me observó como si quisiera estrangularme. Sin dejarme impresionar, di un paso hacia él y levanté la barbilla para sostenerle la mirada. No sabía con quién estaba tratando.

Sonreí encantada de la vida cuando llegamos hasta la cuadra. Randall tenía cuatro caballos preciosos y bien cuidados. Él sí que era un verdadero vaquero del oeste. En lugar de un coche, se movía a caballo y vivía en mitad de la nada. Me caía bien.

—La yegua es más tranquila —me dijo Connor, cuando me decanté por un caballo blanco.

Me encogí de hombros y comencé a ponerle la montura. Él me miró de reojo sin decir nada. Pensaba que había ido de farol con lo de saber montar a caballo, pero era la verdad. De adolescente estuve apuntada a clases de hípica e incluso competí en varios torneos y exhibiciones pequeñas. Sabía lo que me hacía.

Me estaba costando subirme al caballo porque tenía que apoyar el tobillo herido, así que él me cogió por el trasero para auparme.

—¡Eh, puedo sola! —me quejé indignada.

—Quería echarte un cable —se excusó malhumorado.

Me observó con escepticismo cuando apoyé el tobillo en el estribo, apreté los dientes y me impulsé. Lo miré con suficiencia cuando me senté, pero él no dijo nada.

—Tienes que espolearla con suavidad para que...

La yegua comenzó a trotar y salí de la cuadra dejándolo con la palabra en la boca. A los pocos segundos, su caballo se colocó a mi lado.

—¿Vas a seguir tratándome como si no tuviera ni idea?

—Lo pillo.

Seguía malhumorado, pero no le permitiría que me arruinara disfrutar del paseo. Acababa de oscurecer y estábamos iluminados por un cielo cuajado de estrellas y el reflejo de la luna llena. El paisaje era espectacular. La luz de la luna se reflejaba sobre las paredes de roca y el horizonte brillaba con una mezcla de tonos ocres y naranjas.

—Qué preciosidad —dije maravillada—. En la ciudad nunca ves tantas estrellas.

—¿Dónde aprendiste a montar a caballo? Lo haces muy bien.

Esbocé una sonrisa. Guau, un cumplido.

—Clases de hípica.

—Tienes estilo.

—Lo sé.

Se le escapó una sonrisa. Su enfado se estaba disipando.

—Quién me iba a decir que acabaría montando a caballo en mitad del desierto con un cowboy con muy malas pulgas.

—No me gusta que me llames cowboy.

—Sí que te gusta.

Sacudió la cabeza. Estaba convencida de que en el fondo le hacía gracia. Además, le pegaba bastante.

—No tengo malas pulgas...

—Uy, ¡qué no!

—... eres tú quién me saca de mis casillas, rubia de ciudad.

—Esta rubia de ciudad te reta a una carrera. Venga, cowboy, a ver quién gana.

—No creo que debas correr riesgos con ese tobillo.

—Una, dos...

—Summer, no.

—¡Tres!

Espoleé a mi caballo y lo dejé atrás. Me partí de risa cuando lo escuché maldecir y agitar las riendas.

—Vamos, bonita, ¡démosles una lección! —animé a la yegua.

No sé si me entendió, pero lo cierto es que corrió como alma que lleva el diablo y tuve que sujetar con fuerza las riendas para no caerme. Connor intentó seguirme el ritmo, pero le llevaba bastante ventaja. Solté un grito de júbilo y tiré de las riendas para detenerme. Cuando me alcanzó su expresión de fastidio lo decía todo. Se lo tenía merecido por ponerme a prueba.

—¡Te gané!

—Has partido con ventaja.

—Te he sacado varios metros. Venga, admite tu derrota con deportividad. No pasa nada, tu secreto está a salvo conmigo.

—Si así eres feliz... —dijo con desgana, pero se notaba que había conseguido picarlo.

Nos quedamos callados. Cabalgamos el uno al lado del otro y ninguno rompió el silencio. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Otra vez. Pensé en el beso y apreté los labios. Si él no iba a darle importancia, yo tampoco. Pero era indecente ir besando a mujeres de las que luego huías sin ofrecer una explicación. Quizá era un hobby que tenía. A ver, ¿y a mí qué? Para ser sincera no le había puesto resistencia, sino todo lo contrario. ¿En qué posición me dejaba mi actitud?

—¿Te pasa algo?

Me tensé como si me hubieran clavado un alfiler.

—¿A mí? Nada.

—Cuando una mujer dice que no le pasa nada, en realidad le sucede algo.

—Ah, tienes mucha experiencia con las mujeres —repliqué con tono mordaz.

Me miró de reojo.

—No he dicho eso.

—Como vas besando a todas las que te encuentras y luego huyes despavorido...

Detuvo su caballo y frunció el ceño. Yo seguí mi camino, así que lo obligué a continuar con una mezcla de enfado y desconcierto.

—No voy besando a todas las mujeres que me encuentro. ¿Por quién me tomas? —replicó ofendido.

Me encogí de hombros y clavé la vista en el horizonte.

—Y no hui despavorido.

—Qué no —bufé—. ¿Cómo llamas al hecho de besar a una mujer y luego escaquearte?

—Te besé y después me marché. No entiendo el drama.

—No hay ningún drama.

—Pues parece que te escoce mi actitud...

—¡No! —me volví hacia él hecha una furia—. Pero no entiendo que me beses por segunda vez y después actúes como si...

Traté de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cómo si...?

—Como si la que se hubiera lanzado sobre ti hubiera sido yo y te vieras obligado a huir de mí.

—Quédate tranquila. No huía de ti.

Puse los ojos en blanco. Qué hombre tan desesperante.

—¿Y entonces por qué te has largado?

—Te prometí que te besaría y lo hice. Cumplí mi palabra. Eso fue todo.

Me sentí tan ofendida que lo miré sin dar crédito. Sospecho que no se daba cuenta de lo hiriente que podía llegar a ser, porque de lo contrario era el hombre con menos tacto del planeta.

—¿Tu veredicto?

Me miró confundido.

—¿Cómo?

—Tu valoración de cowboy que cumple su palabra.

—¿Estás hablando en serio? No voy a ponerle nota a un beso.

—¿Por qué no?

—Nada del otro mundo.

Lo miré como si quisiera matarlo. Qué diantres, ¡quería matarlo! Podía tener muchos fallos, pero nadie se había quejado de mis besos. Nunca.

—Me da que te has ido precisamente por lo contrario —le solté con chulería.

No dijo nada. Lo miré expectante y noté que apretaba tanto las riendas que los nudillos se le pusieron blancos. Un segundo, ¿tenía razón? Noté un cosquilleo en el estómago.

—¿No dices nada? —le di un tiempo para rebatirme—. Quien calla otorga...

—Piensa lo que quieras.

A ver, ¿qué diantres significaba eso? Me fastidiaba que no me dijera las cosas claras. Sobre todo cuando ni yo misma me aclaraba.

—Tienes razón, no había conocido a un hombre como tú. ¡Eres único en tu especie!

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo muy serio.

—No lo es.

—Te recuerdo que un beso es cosa de dos.

—¡No me digas!

—No sé cuál es tu problema. Nos hemos besado un par de veces. No hagas un drama de esto —dijo con total tranquilidad, y me enervó más—. ¿O lo que te molesta es que quieras más?

—¿Cooooóooooómo?

—Dicen por ahí que beso bastante bien. Si te has quedado con las ganas me lo dices y te doy lo que necesites.

—Lo que me faltaba por oír.

Agité las riendas porque no estaba dispuesta a seguir escuchándolo.

—Eres imbécil.

Aceleró el ritmo para volver a colocarse a mi lado.

—No me insultes.

—Es lo mínimo que te mereces. ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

Vi que sonreía y me puse de los nervios. Cualquiera lo entendía.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—Estás muy guapa cuando te enfadas.

Lo miré sin dar crédito. Para colmo, me puse colorada sin poder remediarlo.

—No sé de qué vas.

—¿Estás enfadada? —preguntó con suavidad.

—¿A ti qué te parece?

—Que me lo merezco.

Lo miré desconcertada y traté de distinguir si me estaba gastado una broma. Suspiré y sacudí la cabeza. Connor era un completo misterio y lo peor de todo era que me moría de ganas por desentrañarlo.

Te diré dos cosas

Connor

Summer estaba preciosa cuando se ponía hecha una furia. Tenía el rostro arrebolado e intentaba que no se le notara, por lo que acababa sonrojándose aún más. Me gustaba que no se dejara intimidar y que me pusiera los puntos sobre las íes. De hecho, me gustaba muchísimo. Demasiado, diría yo.

—No debería haberte vacilado. ¿Me disculpas por haberte hablado así?

Se irguió sobre el caballo y traté de aguantarme la risa.

—No.

Hizo un mohín con los labios y se me puso dura. Joder, estaba empezando a perder la cabeza.

—Lo entiendo.

—¿No vas a insistir? No lo sentirás tanto.

Me entró la risa y ella me fulminó con la mirada.

—Voy a intentar mejorarlo. A ver qué tal hora. Lamento haberte hablado de esa forma, que estaba fuera de lugar, porque no pretendía burlarme de ti.

—¿Y por qué lo has hecho?

—A una parte de mí le gusta tomarte el pelo. Te picas con mucha facilidad.

—¡Eso no es...! —se dio cuenta de su error y forzó una sonrisa agria—. Continúa.

—¿Voy bien?

—Psh...

—Lamento haberte hablado así. Si me conocieras sabrías que no lo decía en serio. No soy la clase de hombre que juega con una mujer. Y si es lo que te ha parecido que hacía contigo, te ruego que me disculpes.

Ella me miró impresionada y pareció haberse quedado sin palabras.

—Vale —musitó muy seria—. Pero sigo sin entender... por qué te largaste.

Respiré profundamente. ¿Qué podía responder a eso? Me armé de valor y decidí ser todo lo sincero que era capaz.

—No sé si soy capaz de responder a esa pregunta, pero haré algo mejor.

Ella me miró con interés. Lo solté de golpe porque así era más fácil.

—Te diré dos cosas: la primera es que pierdo la cordura cuando te beso, y la segunda es que ni yo sé lo que me pasa contigo.

Summer me miró impactada y cerró la boca. No pudo o no quiso decir nada. Supongo que me lo tenía merecido. Apenas llevábamos unas horas juntos y yo la atosigaba con una confesión ridícula.

¿Qué esperabas?

—¡El coche! —exclamó eufórica.

A lo lejos se veía mi coche. Sonreí con fastidio.

Bonita manera de darme calabazas

¿Te quieres quedar?

Summer

Ay, Dios.

Ay, Dios.

Oh, Dios... mío.

Vamos a ver, ¿qué perdía la cordura cuando me besaba?, ¿qué no sabía lo que le pasaba? Uf, menos mal que había visto el coche a lo lejos para poner una excusa, porque de lo contrario habría sufrido una diarrea verbal de lo más comprometida. Le habría confesado, por ejemplo, que me ponía cardíaca cada vez que lo tenía cerca. Que me gustaba demasiado que me besara o que podía hacerlo durante toda mi vida, porque me sentía viva, eufórica y deseada cuando ocurría.

Pero ¿se me ha ido la cabeza? Vine aquí para montar mi propio negocio y aprender a estar sola. Ni siquiera he llegado a mi destino y ya me estoy colgando por el primer hombre que me hace un poco de caso. Estoy fatal. Seguro que mamá, la abuela y la bisabuela me echarían la bronca si me tuvieran delante. Y razón no les faltaría. No puedo ilusionarme con un hombre al que conozco desde hace... ¿cuánto? ¿unas horas? ¿tan mal estoy? ¿tan necesitada?

—Voy a llamar a los refuerzos. Y luego, si te parece bien, te acerco a la Herradura y aviso a alguien para que mañana vayan a por tu coche.

—Vale.

Lo dejé actuar mientras me sentía incómoda por momentos. Cuando terminó, vi que me observaba impaciente para que subiera al coche. Me senté en el lugar del copiloto y crucé las manos.

—Bueeeeno... otra vez aquí.

—Mientras que no vuelvas a tirarte del coche en marcha...

No pude evitar una risa nerviosa cuando recordé lo sucedido. Lo había tomado por un criminal y luego nos habíamos besado dos veces. ¡Lo que daba de sí un 14 de febrero!

—Llegaremos en menos de quince minutos —me informó, y sintonizó una emisora local. Sonó una canción romántica que nos sumió en un pequeño silencio—. Supongo que hoy todo lo que suena es así.

Puse una mano sobre la suya cuando fue a apagar la radio. Nos miramos con cara de circunstancia. Noté que me ponía demasiado nerviosa por un simple roce y supe que había perdido el control por completo. Sería mejor que nos separásemos cuanto antes.

—No, déjala.

—Como quieras.

Nos quedamos de nuevo en silencio. Observé el paisaje y me crucé de brazos sin saber qué decir. El coche serpenteaba por una carretera con la única iluminación de los faros. Estaba inquieta y expectante porque lo único que tenía de La herradura eran un par de fotos viejas. Y por la falta de

casas vecinas, era evidente que iba a vivir en mitad de la nada.

—Deberías cargar el móvil cuando llegues. Te daré mi número por si tuvieras una urgencia. Puedes llamarme a cualquier hora del día.

Lo miré impresionada.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Después de haberte metido en este lío estás dispuesto a ofrecerme tu ayuda? —insistí sin dar crédito.

—Soy el sheriff, ayudo a todo el mundo —le restó importancia.

Me desinflé como un globo y traté de enmascarar la decepción. Pues claro, su sentido del deber lo obligaba a ofrecerme su ayuda.

—Sobre todo a una rubia de ciudad que no sabe dónde se mete.

Estaba bromeando, así que no pude hacer otra cosa más que reírme.

—¿Crees que me irá mal? —quise saber su opinión.

—Eso dependerá de lo duro que estés dispuesta a trabajar. La Herradura tiene muchas posibilidades, pero me veo en la obligación de advertirte que necesita muchas reformas.

Tenía tiempo libre y un proyecto de negocio. Podía hacerlo. Llevaba toda la vida diciéndome a mí misma que no valía para nada. Era hora de tomar las riendas de mi vida y hacer algo valioso.

Respiré emocionada cuando cruzamos el sendero que se adentraba en el rancho. A lo lejos, una imponente construcción de una planta nos dio la bienvenida. La vegetación estaba mustia, el suelo árido y el lago que había junto al rancho estaba seco. Pero la expresión de júbilo se me borró de golpe cuando Connor aparcó delante del viejo rancho. Nada tenía que ver con las fotos. Cuatro paredes de madera podrida bajo un techo repleto de nidos de pájaros. Se me cayó el alma a los pies.

—Bienvenida a La Herradura.

—Será una broma —dije con un hilo de voz.

No bastaría con una mano de pintura y algunos muebles nuevos, ¡tendría que demoler la casa por completo! Ay, madre mía, ¿dónde me había metido? Mi expresión tuvo que decirlo todo, porque Connor me observó preocupado e hizo la pregunta de rigor.

—¿Estás bien?

Tragué saliva y asentí con falsa determinación.

—Sí.

Él me miró como si no me creyera, pero no dijo nada. Devolví la vista al rancho ruinoso que había heredado y sentí que todas mis ilusiones se evaporaban de golpe.

—Gracias por traerme —abrí la puerta del coche y me volví hacia él—. Supongo que nuestros caminos se separan. Ha sido una noche... diferente.

Pero no me moví del sitio. Me quedé allí, con cara de idiota, a la espera de que él dijese algo. Era ridículo, pero una parte de mí se negaba a separarse de él. Tal vez porque no quería afrontar lo que venía, o quizá porque lo echaría de menos.

—Debería echar un vistazo antes de dejarte aquí sola.

—¿Por si me ataca un ratón? —bromeé.

Pero me hizo tanta ilusión que no se fuera que no intenté disuadirlo cuando se bajó del coche y me acompañó hasta la casa. A pesar de ser un tipo duro, el sheriff era todo un caballero bajo aquella fachada impenetrable. ¿Qué otros secretos escondería? Borré aquel pensamiento de mi cabeza porque no era asunto mío.

Subí los tres peldaños que daban acceso al porche y uno de los tablones se partió por la mitad. El tobillo se me quedó encajado y solté un chillido a causa del susto.

—¿Te has hecho daño? —Connor me ayudó a sacar el pie.

—No.

Respiré profundamente antes de sacar la llave y meterla en la cerradura.

—Allá vamos...

Giré el picaporte y me quedé con él en la mano. Puse tal cara de espanto que a Connor se le escapó la risa.

—Añade un picaporte a tu lista de la compra.

—Ja, ja.

La cosa empeoró por momentos. Un simple vistazo me bastó para averiguar que había termitas, los vidrios de las ventanas estaban rotos y el techo repleto de goteras. Iba calculando los costes del arreglo mientras me venía abajo. Mi presupuesto era muy ajustado y los arreglos demasiado numerosos como para permitirme contratar mano de obra. No era lo mismo idear un proyecto de interiorismo que llevar a cabo la reforma de una propiedad ruinosa tú sola.

Me iba a dar algo.

Me apoyé en la astillada encimera de la cocina y abrí un cajón. Algo peludo me saltó a la cara y grité como una posesa. Connor agarró del rabo al tejón antes de depositarlo en el suelo.

—Tu primer inquilino.

Me llevé la mano al pecho. Me iba a dar algo.

—Supongo que debería marcharme. La propiedad es un desastre, pero no corres peligro.

Después de decir aquello no se movió del sitio. Me mordí el labio y no dije nada. Ahora era cuando tenía que despedirme, pero no me apetecía quedarme sola. O peor, me disgustaba la idea de dejarlo marchar.

—¿Tienes hambre? Tengo algo de comida que guardé para la noche, podríamos compartirla. Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—¿Quieres que me quede? —preguntó socarrón.

Me crucé de brazos en plan beligerante.

—¿Te quedas o no? No pienso insistir dos veces.

—Una cena improvisada la noche se San Valentín con una mujer preciosa... ¿qué más puedo pedir?

Y a pesar de que sabía que me estaba tomando el pelo, me di la vuelta para que no se diera cuenta de que me había puesto colorada. *Ay... Summer, no tienes remedio.*

Cena de San Valentín

Connor

¿Qué? No había podido negarme. ¿Tan malo era que aceptara cenar con una mujer atractiva el 14 de febrero? Había sido el día más surrealista de mi vida, lo mínimo que me merecía era desconectar. Aunque podría haber declinado la oferta con educación y conducir hasta mi casa para relajarme a solas. Pero ¿por qué seguía allí? Lo peor de todo era que no me apetecía separarme de su lado. ¡Era increíble! Llevaba toda la noche queriendo librarme de ella, y justo cuando íbamos a separarnos, hacía todo lo posible para permanecer a su lado.

Vale, al principio me dije que fue por asegurar el terreno. No quería dejarla desamparada en un lugar que podía haber sido invadido por delincuentes u okupas. Pero luego me quedé allí, mirándola como un idiota. Deseando que le surgiera algún problema para el que necesitara mi ayuda. O que simplemente estuviese asustada y no quisiera quedarse allí sola. Pero Summer era terca y valiente, y precisamente por eso me gustaba tanto. Estaba convencido de que el viejo racho no podría con ella.

Nos sentamos en el porche iluminados por la luz de la luna y la linterna del móvil. La noté cabizbaja y supe lo que le sucedía sin necesidad de preguntar. Era evidente que se estaba arrepintiéndose de estar aquí.

—¿Cómo adquiriste la propiedad? —le pregunté para que se evadiera.

—Era de mi bisabuela. Nadie de mi familia la quería, y ahora ya sé por qué. Me la regaló con la condición de que la reformase.

—No te vengas abajo, se le puede sacar mucho partido.

—Se le puede sacar partido con un dinero que yo no tengo... —se lamentó, y reprimí el impulso de darle un abrazo—. Me lo advertiste y no quise creerte. Pensé... que por fin las cosas iban a empezar a salirme bien.

—¿Tan mal te ha ido?

—Me divorcié hace tres meses.

Estaba libre. Intenté enmascarar mi emoción con una pose seria. Joder, no debería alegrarme por ello.

—¿Estás huyendo del dolor?

—Más bien estoy intentando enderezar mi vida. Vi la oportunidad de emprender un negocio y me lancé a la aventura. Tenía la idea de montar una casa de huéspedes. El entorno es ideal.

Me mordí la lengua para no preguntarle si seguía sintiendo algo por su exmarido. No era asunto mío.

—¿Y qué hay de ti?

Todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron.

—Lo que ves.

—Lo que veo no es mucho.

Me metí una patata en la boca para no contestar y ella lo notó. Esperó con paciencia y ladeó la cabeza. Un mechón de pelo rubio le cubrió la mejilla y resistí el deseo de colocárselo detrás de la oreja. Cuanto más la miraba más guapa me parecía.

—No te gusta hablar de ti.

—Lo justo.

—De acuerdo... no hables, solo contesta si acierto, ¿vale?

—No voy a...

—Naciste aquí.

—Sí.

—Soñabas con ser sheriff.

—Nunca imaginé dedicarme a otra cosa.

—Llevas mucho tiempo soltero.

Desvié la mirada. Algo me escoció muy dentro y la respuesta se quedó atascada en mi garganta.

—Sí.

—A veces echas de menos tener compañía aunque te digas a ti mismo que te va bien así.

La miré con furia, pero ella ni se inmutó. ¿Tan transparente era?

—Tienes que responder.

—Solo tengo que responder si has acertado.

—He acertado —respondió convencida.

—Estoy harto de este juego —apuré la copa de vino de un trago y me serví otra—. ¿No sabes jugar a otra cosa?

—No te enfades —me pidió con suavidad, y noté que estaba un poco achispada—. No hables si no quieres.

Le aparté la copa cuando hizo el intento de cogerla y le toqué la mano con delicadeza.

—Creo que deberías dejar de beber.

—Puede —admitió enfurruñada—. No quiero hacer ninguna tontería.

—¿Cómo cuál?

Clavé la mirada en su boca un segundo, y luego la posé en sus ojos. Vi deseo y me tembló todo el cuerpo.

—Cenar con un desconocido en San Valentín, por ejemplo...

No puse resistirme más. Me senté demasiado cerca de ella y le rocé el hombro a propósito. Me emocioné cuando ella no se apartó y se mordió el labio.

—No somos desconocidos.

—¿No?

—Ya no —le acaricié el cuello y aproximé mi boca a la suya para rozarla con suavidad—. Ha sido una noche movidita con beso incluido.

—Según tú, nada del otro mundo —dijo, y se apartó con brusquedad.

Me maldije por haber sido un zoquete. A ver cómo lo arreglaba.

—Te mentí.

Ella dejó escapar el aire y me miró confundida.

—Me gustó mucho. Demasiado. Y con tu permiso, si quieres lo repito.

—Para dar un beso no hay que pedir permiso.

—En ese caso...

Me armé de valor y le puse una mano en la nuca. Mis labios rozaron los suyos y se me puso dura al comprobar que tenía las mismas ganas que yo. Y entonces una cosa peluda saltó sobre su regazo y los dos nos sobresaltamos. El maldito tejón acababa de cortarme el rollo.

—Uy, qué cosita. ¿Tienes hambre?

—No le des de comer. ¿Y si tiene la rabia? Podría contagiarte...

Me ignoró y le ofreció un trozo de pan con mantequilla que el bicho devoró con avidez. Se sentó sobre las patas traseras y le puso ojitos. Summer aplaudió emocionada. Genial, no tenía nada que hacer contra esa bola de pelo.

—Pobrecito... seguro que lleva mucho tiempo sin comer. ¿Quieres más? —le ofreció una rodaja de zanahoria y contuve el impulso de apartar al bicho de un manotazo—. ¿A que es adorable?

Contemplé al tejón con odio reprimido. Me iba a quedar con las ganas por su culpa.

Baile de San Valentín

Summer

Había hecho mal en consentir a aquel granuja, porque ahora no me lo podía quitar de encima. Se puso boca arriba para que le rascara la panza y me partí de risa. Connor puso mala cara.

—No es un perro.

—Es un animalito monísimo.

—Sí, lo que tú digas. Pero ahora sabe que aquí encontrará comida y no te dejará en paz.

—No me importa tener una mascota.

—Es un animal salvaje.

—¿Estás celoso porque me ha robado tu atención? —pregunté, y no me pude aguantar la risa—. Eh, cowboy, ¿qué tienes, quince años?

Connor se cruzó de brazos, y si no lo empezara a conocer, diría que estaba cabreado. Pero vi la media sonrisa que se formó en sus labios y comprendí que por mucho que se hiciera el duro, en el fondo era un buen tipo. ¿Qué le habría pasado para llevar esa armadura? De repente, el tejón se metió dentro de la bolsa de la comida y huyó tres segundos después con un succulento botín.

—¡Eh, granuja! Eso me pasa por confiar en el sexo contrario...

—Tranquila, volverá.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Comida y techo gratis? Yo no me lo pensaría.

—¡Qué bonito!

—Y la anfitriona es muy atractiva, eso suma puntos.

Intenté que no se me notara la emoción. Él se acercó a mí y me puso una mano sobre la mejilla. Entrecerré los ojos y me mordí el labio. No podía ser normal que me gustara tanto que me tocara.

—Summer —buscó mi mirada, y cuando no se la devolví, sostuvo mi barbilla con la otra mano y me obligó a mirarlo—. Eres preciosa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté asustada.

—Dejarme llevar.

Se puso de pie y lo miré desconcertada. Entonces me ofreció una mano.

—Baila conmigo.

—Pero si no hay música.

—¿Y qué?

Acepté su mano y me puso de pie sin esfuerzo alguno. Me gustaba muchísimo que fuera tan fuerte. Pero sobre todo me fascinaba que me mirase de aquella manera que me hacía creer de verdad que

yo era hermosa. Porque nadie, ni siquiera Edward, me había mirado así.

Puso las manos en mi cintura y yo en su cuello. Dimos vueltas bajo la luz de la luna y lo contemplé hechizada. Tuve que apoyar la mejilla sobre su hombro para que no se diera cuenta de que me tenía a sus pies. Connor me apretó contra su cuerpo y me besó la frente. Llevaba tanto tiempo sin sentir el cariño de otra persona que se me encogió el corazón.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunté asustada.

—Dejarnos llevar.

—¿Sin conocernos de nada?

—No necesito conocerte más para saber que me gustas.

Dejé de apoyar la cabeza sobre su hombro y lo miré a los ojos. Me encontré reflejada en su pasión y sus ganas. Pero donde en los míos había dudas, en los suyos había deseo. Y decidí dejarme llevar. Me puse de puntillas y apoyé las manos sobre su pecho.

—Bésame.

—Los besos no se piden.

—Ay, cállate... —tiré de su camiseta y le robé un beso.

Connor me lo devolvió con ferocidad y me empujó contra el poste del porche. Mi cuerpo se acopló contra el suyo y comprendí que encajábamos de una forma perfecta y deliciosa. Una sorpresa que a los dos nos dejó sin aliento.

—Si me lo permites, me gustaría hacerte el amor durante toda la noche.

No sé qué me dejó sin palabras, que me pidiera permiso o que me gustara que fuese tan anticuado. Metí las manos por dentro de su camiseta y le acaricié el torso. Estaba durísimo y se me escapó la risa floja. Madre mía.

—¿Eso es un sí?

—Y luego la que habla demasiado soy yo...

Noche de San Valentín

Connor

Adictiva.

Hermosa.

Pasional.

Dulce.

Vulnerable.

Valiente.

Summer podía ser muchas cosas, pero supe que era mi perdición en cuanto le puse las manos encima. Mi droga. El antídoto para mi dolor. El precipicio por el que estaba dispuesto a saltar.

Estaba tan nervioso y asustado que el corazón me iba a mil. Muy de vez en cuando me acostaba con alguna mujer, pero esta vez sentí que era diferente. La tumbé sobre el suelo del porche y tuve que controlarme para no arrancarle la ropa. No sé qué me pasaba, pero la emoción me desbordaba.

—Estoy un poco desentrenado... ¿te importa que vaya despacio?

—No —me miró con la vista nublada por el deseo—. Yo también necesito ir despacio.

—Esta noche no hemos ido precisamente despacio... —le besé el hombro y el cuello, y sonreí cuando ella jadeó—, pero ahora podemos tomarnos todo el tiempo del mundo, sin prisas...

Temí que mis palabras cayeran en saco roto en cuanto ella respondió a mis caricias. Se me puso dura de inmediato. Sus manos me tocaron al principio con temor, esquivando mis heridas, y después con una entrega que me volvió loco. Mi boca encontró la suya en un reclamo desesperado que nos llevó a los dos al borde del abismo. Perdí el norte, la cordura y todo lo que me aferraba a los recuerdos. Porque debajo de mi cuerpo tenía a una mujer que era fuego y me ardí la piel.

Nos restregamos con la ropa puesta a pesar de que nos sobraba. Ninguno quería anticipar el momento a pesar de que nos moríamos de ganas. A penas la conocía, pero era como si pudiera leer toda su piel. Los jadeos interrumpieron el silencio de la noche. Summer aferró mi polla y comenzó a masturbarme. Dejé escapar un gruñido e hice lo mismo con ella. Me volví loco, otra vez, cuando la encontré tan húmeda. Receptiva. Y mía.

Nos quitamos la ropa con torpeza y nos reímos de ello. Me quedé un rato mirándola embobado. Sus piernas infinitas, sus mejillas arboladas y un cuerpo que me dejó sin aliento. La besé despacio sin dejarme ningún hueco y algo en mi interior se revolvió cuando ella suspiró de placer. Comprendí que estaba lista cuando separó las piernas y me buscó con la mirada. Apoyé mi frente contra la suya y la penetré con fuerza. Ella clavó las uñas en mis hombros y me encantó aquella mezcla de dolor y placer.

—Ah...

La besé mientras la penetraba y ella me rodeó con las piernas. Tuve que parar y tomar aliento porque fue demasiado para mí. Ella aprovechó el momento para empujarme boca arriba y subirse a horcadas. La miré complacido cuando empezó a cabalgarme.

—Joder... —gruñí, y le apreté los pechos.

Nos fuimos casi a la vez. Summer se dejó caer sobre mí y la abracé con fuerza. Quería prolongar aquel momento. Quizá para siempre. Por primera vez desde hacía mucho tiempo me sentí pleno. Jodidamente feliz. Y, al darme cuenta, me invadió el pánico.

15 de febrero

Summer

Me desperté con los primeros rayos de sol y me volví hacia Connor con una sonrisa que se convirtió en decepción. Había desaparecido. ¿Dónde rayos se había metido? Me costó un par de minutos averiguarlo. Me adentré en la casa cubierta con la manta con la que supuse que él me había tapado. No había rastro de Connor por ninguna parte. Entonces, volví a salir y no vi su coche por ninguna parte.

Me costó comprender que se había largado. Me quedé tan hecha polvo que me senté sobre los escalones del porche sin saber durante cuánto tiempo. No esperaba amor eterno, ni promesas, ni siquiera una relación estable. Pero ¿tanto le costaba despedirse de mí? Lo que compartimos había sido... me faltaban las palabras para ponerle nombre. Quizá era una experta en hacerme falsas ilusiones, pero tuve la impresión de que los dos habíamos conectado de una forma mágica.

Me sentí utilizada y estúpida. Me la habían vuelto a colar y yo se lo había puesto en bandeja. Me tapé el rostro con las manos y solté una maldición. No permitiría que esto me afectara. Tenía demasiado trabajo por delante y no iba a deprimirme por un hombre que, tal y como se había comportado, no merecía la pena.

Me levanté hecha una furia y comencé a deshacer la maleta. Estaba sola pero tenía un propósito. Ningún cowboy iba a arruinarme los planes.

Está mejor sin mí

Connor

Cuatro meses después

La había estado evitando durante los últimos cuatro meses. Solo coincidimos una vez. Summer estaba comprando herramientas en la vieja ferretería y yo estaba bajando del árbol al gato de la señora Annie. Entonces salió de la ferretería y la impresión fue tal que tuve ganas de salir corriendo. Ella me miró con una indiferencia estudiada que me partió el alma. Me lo tenía merecido.

Llevaba un peto vaquero lleno de bolsillos, unas zapatillas y dos trenzas en el pelo. Su aspecto era radicalmente opuesto al de la mujer que me encontré en la carretera. Había ganado algo de peso y le sentaba bien. Estaba preciosa. Mantuvo la cabeza alta y se montó en el coche sin dirigirme la palabra. Me la quedé mirando con cara de idiota y la dejé marchar porque no podía hacer otra cosa. Sentí que se me escapaba la vida por la boca cuando dejé de ver el coche.

Es mejor para los dos, traté de convencerme.

—¡Connor!

Me volví hacia Josh.

—¿Qué?

—Llevo un rato llamándote. Te preguntaba si vas a ir a la inauguración del viejo rancho. La nueva propietaria ha invitado a todo el pueblo.

A todos no. Sabía de sobra que yo no sería bien recibido y no pensaba aparecer por allí. Lo mínimo que podía hacer por Summer era ponerle las cosas fáciles. Desde su llegada se había formado un pequeño alboroto en el pueblo. Era normal teniendo en cuenta que casi nunca sucedía nada. Summer fue, durante los últimos cuatro meses, la comidilla del pueblo. Al principio la trataron con suspicacia y no la tomaron en serio, pero no tardó mucho en ganarse la confianza de todo el mundo. Se abastecía de productos locales y ahora los comerciantes veían en el nuevo hostel una oportunidad de negocio con la llegada de turistas al pueblo.

Y yo, por más que trataba de olvidar aquella tórrida noche, no lo conseguí. Si entraba en la cafetería escuchaba a alguien hablar de la nueva propietaria de La herradura. *Qué encanto de chica. Es muy trabajadora y no se da por vencida a pesar de que ese rancho es una ruina.* Si iba al supermercado, pillaba a alguien comentando que *Summer es simpática, alegre y está entusiasmada con el negocio.*

¡Así no se podía vivir! Summer por aquí, Summer por allá... ¿cómo iba a olvidarla si todo el mundo hablaba de ella?

Hasta cometí la imprudencia de acercarme a La herradura una vez. Me enteré de que no conseguía dar con una avería de fontanería y no me lo pensé. Metí las herramientas en el maletero del coche y conduje hasta allí. Aparqué a lo lejos y la observé quitando las malas hierbas del jardín. Estaba

cubierta de barro y a sus pies correteaba una bola peluda. El tejón.

Pasé allí el tiempo suficiente para comprender que Summer no necesitaba mi ayuda. Cortaba leña, arreglaba los tablones podridos del porche, pintaba una valla o cargaba una carretilla repleta de sacos de cemento sin despeinarse. El trabajo duro no podía con ella y parecía dispuesta a no dejarse vencer por la adversidad. La contemplé con orgullo y deseo contenido una última vez antes de montarme en el coche y conducir de regreso. Estaba mejor sin mí.

Me va bien sola

Summer

No voy a mentir ni tampoco a decir que fue fácil. Tuve momentos de querer abandonar y regresar a San Francisco. Pedí un préstamo cuando se me acabó el dinero para hacer frente a los gastos extra. Trabajé como una mula y apenas tuve tiempo para descansar. Si algo bueno saqué de aquello fue que empecé a valorarme.

Me iba bien sola.

No necesitaba a nadie para levantar un negocio. Ni tampoco necesitaba a nadie para ser feliz. Me costó curar mis heridas, tanto las de mi divorcio como las que me produjo Connor. Y, sorprendentemente, pensaba más en el sheriff que en mi exmarido. Supongo que lo había idealizado porque a veces seguía soñando con aquella noche de San Valentín.

Rainbow Valley resultó ser un lugar maravilloso. Los vecinos me acogieron con cariño y me ayudaron en todo lo que pudieron. Estaban convencidos de que mi negocio traería prosperidad al pueblo, y yo esperaba no decepcionarlos. Incluso me hice amiga de Randall, el sheriff retirado. La única condición que le puse fue que no me hablara de Connor cuando comprendí que tenía la esperanza de que nos emparejásemos.

Estaba bastante nerviosa porque en unas horas sería la inauguración de la casa de huéspedes. Aquella mañana me levanté impactada por la acogida. Había subido las fotos del resultado a varios portales de vacaciones y ya me habían llegado las primeras reservas. ¡Estaba eufórica!

Ahora tocaba celebrarlo con todos los habitantes del pueblo. Cada uno de ellos había aportado su granito de arena. Desde dejarme los materiales a precio de coste cuando se enteraron de mi problema económico, hasta invitarme a almorzar cuando me veían cabizbaja o regalarme un ramo de flores cuando iba a hacer la compra. La gente de Rainbow Valley era maravillosa y lo mínimo que podía hacer era agradecerse con una pequeña fiesta. Observé satisfecha la recepción de comida y salí del rancho para tomar el aire. Murphy saltó a mi regazo en cuanto me senté en los escalones del porche.

—¡Hola, amiguito!

El tejón se había convertido en mi mascota y hasta le había puesto nombre. Era lo único que no me dolía recordar de aquella noche con Connor. Traté de no pensar en él porque hoy era un día especial. Pero ¿de qué iba? Nunca había conseguido entenderlo, pero que se plantara hace tres semanas para espiarme fue el colmo. Él no se dio cuenta de que lo vi, pero estuvo observándome durante más de una hora. ¿Para qué? Ni siquiera se acercó.

Vi que un coche se acercaba por el sendero y me puse de pie. Observé intrigada el vehículo que aparcó delante del rancho, y entonces me llevé las manos a la cara sin dar crédito. Mamá, la abuela y la bisabuela.

—¿Qué hacéis aquí? —chillé entusiasmada.

—Nos quedan dos telediaros, ¿de verdad pensabas que íbamos a perdernos la inauguración de tu

negocio? —masculló la abuela.

Me acerqué a ellas y me fundí en un abrazo con las tres mujeres de mi vida. Quizá ya me parecía un poco más a ellas. Puede que no tuviera una gran carrera, pero estaba orgullosa de lo que había conseguido.

—¡Es increíble! —exclamó mi madre—. Jamás creí que nadie pudiera reformar este rancho ruinoso.

La bisabuela Catherine me miró con una media sonrisa.

—Mi bisnieta está hecha de otra pasta.

Lo que te pasa es que tienes miedo

Connor

Tenía pensado pasar la tarde bebiendo cerveza y viendo la reposición de una serie, por eso me fastidió tanto que llamaran a la puerta. No recibía visitas, ¿quién sería?

—Randall —lo saludé extrañado—. ¿Sucede algo?

—Sí, que eres un idiota.

Lo miré sorprendido. Estaba acostumbrado a sus salidas de tono, pero hoy no estaba de humor.

—¿Has venido hasta aquí para insultarme?

—Chaval, ¿a qué esperas para vestirme de manera decente e ir a la inauguración del viejo rancho?

—No voy a ir.

—¡Diantres! ¿Por qué pierdes el tiempo? Las mujeres como ella escasean en este lugar. La mitad de los hombres del pueblo ya le han echado el ojo y esperan su oportunidad.

—No es asunto mío —respondí, a pesar de que la revelación me puso de malhumor.

¿Qué esperaba? Summer era muy atractiva, era normal que le salieran pretendientes.

—¿Qué no es asunto tuyo! —exclamó sin dar crédito—. Hacía siete años que no te veía mirar de esa manera a una mujer. Y si la llevas evitando todo este tiempo es porque te importa.

—Randall...

—¿Vas a tirarlo todo por la borda porque estás asustado? Te recomendé para el puesto del sheriff porque eres la clase de hijo que me hubiera gustado tener, pero ahora estás demostrando ser un cobarde.

—Ya basta —apreté la mandíbula.

—Lo que te pasa es que tienes miedo, pero te diré una cosa; la vida es demasiado corta para perder el tiempo. Todos merecemos ser felices. Puedes seguir anclado en el pasado, pero algún día te darás cuenta de que la vida se te escapó mientras tú huías de la única mujer que pudo hacerte feliz.

—¿Has terminado? —pregunté con aspereza.

—Sí. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Di un portazo y apoyé la cabeza contra la puerta. En cinco minutos Randall me había dicho lo que yo me negaba a mí mismo. Sabía de sobra que Summer me ofrecía la posibilidad de ser feliz, y eso era precisamente lo que me aterrorizaba. ¿Y si volvía a suceder? Por eso me largué aquella noche, porque estaba acojonado. Porque de repente vi luz al final del túnel y me aterrorizó la idea de volver a sufrir.

Una visita inesperada

Summer

Todo estaba saliendo a pedir de boca. Mi madre, la abuela y la bisabuela estaban orgullosas de mí. Los habitantes de Rainbow Valley estaban impresionados con la reforma y no dejaba de recibir halagos. Estaba en una nube. Ahora sí que nada podía salir mal.

Me di la vuelta para rellenarme el vaso de limonada y entonces lo vi. Allí, con su envergadura, era la nota discordante. Apreté el vaso con fuerza y se me borró la sonrisa. Connor caminó hacia mí y yo me fui haciendo pequeñita, hasta que un súbito ataque de furia se apoderó de mí. No le permitiría que me arruinase la inauguración.

—Has hecho un trabajo impresionante.

—¿Qué haces aquí? —le espeté.

—Invitaste a todo el mundo.

—Pensé que no hacía falta decirte que tú no estabas invitado.

—Lo suponía —dijo, pero no se movió del sitio—. ¿Podemos hablar?

—No.

—Summer, por favor.

Lo conocía lo suficiente para saber que insistiría hasta conseguirlo. Suspiré y me alejé caminando en dirección al lago. Él me siguió sin dejar de mirarlo todo con los ojos abiertos de par en par.

—Lo que has hecho es increíble.

—Lo sé.

—Debes estar orgullosa.

—Lo estoy.

Connor asintió con las manos metidas en los bolsillos.

—Estás enfadada.

—Entre otras cosas. Pero lo que de verdad no entiendo es qué haces aquí. Si vienes a estropear el día...

—De ningún modo —pareció horrorizado—. Solo quería venir a apoyarte.

—¡A apoyarme! Después de cuatro meses... ¿cómo puedes ser tan...?

Dejé la frase sin acabar porque no quería insultarlo. Connor me observó sin decir nada y eso me puso de los nervios.

—Di lo que tengas que decir y vete.

—No sé ni por dónde empezar.

—Podrías empezar por explicarme por qué te largaste después de que nos acostásemos. Y que

conste que esto no es un reclamo porque pretendía que te atases a mí, ni mucho menos. Pero me sentí utilizada y me obligaste a ensuciar el recuerdo de una noche que podría haber sido maravillosa.

—Lo fue.

—No, ya no.

—No digas eso, por favor.

—¿Entonces por qué te largaste? —le grité con los ojos vidriosos—. ¡Me hiciste sentir como una mierda! Al menos podrías haberte despedido. No sé, comportarte como un caballero. Cuando me levanté a la mañana siguiente me sentí ridícula.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —repetí con ironía—. Llevas evitándome cuatro meses.

—No te evitaba, es solo que...

—Si me vas a mentir en la cara, me largo.

Me agarró del brazo y le dediqué una mirada airada.

—No, joder, Summer, tienes razón. Espera —me soltó el brazo y tragó con dificultad—. Mierda, es verdad, te he estado evitando todo este tiempo. No me atrevía a mirarte a la cara después de lo que hice. Estuvo fatal. No tiene perdón.

—¿Y por qué lo hiciste? —traté de entenderlo.

—Porque si no me hubiera marchado esa noche, no habría sido capaz de separarme de ti nunca.

—¿Y tan mal estaría? —me borré una lágrima traicionera.

Retrocedí cuando él intentó tocarme y dejó caer el brazo.

—No —admitió con voz ronca—. Por eso me fui. Porque estaba asustado.

—No juegues esa baza.

—Me has pedido que sea sincero contigo —dijo, y me miró a los ojos sin vacilar—. Estaba muerto de miedo. De repente comprendí que podía volver a sentir amor y salí huyendo. Hiciste que esa noche me sintiera vivo, y te juro que hacía siete años que no me sentía así. Pensé... que si volvía a tenerlo y luego lo perdía no podría recuperarme. Dios... me entró el pánico. Te vi dormida y sentí... esperanza. No quería correr el riesgo, no quería volver a sufrir. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo para cambiar el final de aquella noche. Te habría abrazado hasta que despertaras en mis brazos, y te prometo que no te habría soltado durante el resto de mi vida.

Lo miré impresionada y me faltó el aire.

—¿Qué te pasó hace siete años?

—Estaba casado con Bella. Ella... murió —se le quebró la voz y dejé de ver al hombre duro que se había fabricado. Detrás de él había un hombre vulnerable que tenía miedo de que le hicieran daño—. Perdí a la mujer con la que llevaba diez años y me convertí en un tipo amargado y solitario que huía de todo el mundo.

—Connor... cuánto lo siento.

—Y de repente llegaste tú, un catorce de febrero, y tambaleaste todo mi mundo. ¿Qué me has hecho, Summer? No puedo parar de pensar en ti, no puedo dormir, no puedo hacer nada sin que te cueles en mis pensamientos. Dime al menos que me dejarás estar en tu vida de alguna forma. Lo necesito.

Sus palabras se clavaron en mi corazón y se quedaron allí sin que pudiera hacer nada por remediarlo.

—¿Quieres que seamos amigos?

Connor me miró abatido.

—Joder...no, pero si es lo que tú quieres...

—Lo que yo quiero es algo más —le confesé.

Él me miró sorprendido, y entonces su sorpresa dio paso a un alivio que me hizo bastante gracia.

—Te daré todo lo que tú quieras, y más.

—Apenas me conoces.

—Tenemos todo el tiempo del mundo. Todos los catorce de febrero. Todos los días de nuestra vida.

Apoyó las manos en mis mejillas y me besó como si llevara toda la vida deseándolo. Me rendí a aquel beso porque sospechaba que estábamos hechos el uno para el otro. Y, sobre todo, porque mi mundo brillaba más cuando estaba a su lado.

—Eres increíble... —susurró contra mis labios—. ¿Crees que es demasiado pronto para decirte que te quiero?

Mi corazón dio saltitos de alegría.

—Nunca es demasiado pronto para oírlo.

—Menos mal —me acarició los labios con los suyos y me abrazó con una devoción que me conmovió—. Porque estoy completamente loco por ti y no veía el momento de confesártelo.

—Vale.

—¿Vale? Dime que sientes lo mismo o me da un infarto.

Se me escapó la risa floja.

—Mi bisabuela tenía razón, como siempre.

Me miró desconcertado.

—No te entiendo.

—Me advirtió que todo el que vive en La herradura encuentra el amor.

Connor comprendió mis palabras y sonrió eufórico. Ahora que se había quitado la coraza era un libro abierto.

—Me encantaría conocerla.

—Uy, no sabes lo que te espera. Y no ha venido sola...

—Este cowboy está preparado para todo.

Lo agarré del brazo y lo arrastré hacia la multitud. Tenía la ligera sospecha de que les iba a encantar.

—Te tomo la palabra.

FIN

Sobre mí

Soy una escritora sevillana a la que le encantan las novelas románticas, las series de televisión, el sushi y los animales. Nací en el año 1992 (la generación de Curro), y me defino como una romántica empedernida que tiene debilidad por los finales felices. Me encanta viajar y soñar despierta. Tengo dos perros que se llaman Astérix y Obélix , están muy muy mimados y en mi Instagram presumo de ellos . Y en mi tiempo libre, además de escribir, leo todo lo que cae en mis manos, soy adicta a Netflix, a viajar y a disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

Me encantaría que me siguieras por mis redes sociales, así que, si te apetece, te las dejo por aquí. Si quieres estar al tanto de las novedades que voy a publicar o preguntarme algo sobre los personajes de mis historias, puedes mandarme un mensaje (siempre contesto ??)

Instagram: [Chloe.santana](#)

Twitter: [@chloesantana_](#)

Facebook: [Chloe Santana](#)

Página de Facebook: [Chloe Santana libros](#)

Bibliografía

Si te ha gustado este libro y quieres leer algo más, en Amazon encuentras todas mis obras. Te recomiendo *No eres mi tipo* si lo que quieres es echarte unas risas ??

No eres mi tipo es una novela tierna y alocada sobre el amor, los estereotipos y las segundas oportunidades. Descubre de la mano de Chloe Santana que el amor llega cuando menos te los esperas y prepárate para reír a carcajadas.

¿Y si te dijeran que el hombre perfecto es alguien a quien no soportas?

Querido diario:

Esta soy yo. Torpe, bocazas y experta en meterme en líos. Mi psicóloga dice que hay que tomarse la vida con humor, pero sinceramente no le veo la gracia a que mi novio de toda la vida me haya dejado por otra. O a que mis padres vayan a divorciarse después de treinta años juntos. ¿El mundo se ha vuelto loco? ¿Es que ya nadie cree en el amor?

Pero, hey, no pienses que mi vida es tan mala. Tengo un gato llamado Apolo, escribo en mis ratos libres y acabo de encontrar un empleo como secretaria del señor mister Simpatía. Lo de mister Simpatía es ironía, por supuesto, porque mi jefe es un tipo serio, frío y me da a mí que un poco amargado. ¡Y está como un queso! Cada vez que no repara en mi existencia -la mayor parte del tiempo-, me quedo observándolo con cara de placer. ¿El único problema? Además de tener novia, me mira como si yo fuese el bicho más raro del planeta.

¡Qué se le va a hacer! De ilusión también se vive...

Me llamo Ana, tengo veinticinco años y soy una pringada. Esta es mi historia.